SAINT GERMAIN

LA SANTÍSIMA TRINOSOFÍA

Texto y comentarios de la única obra escrita por el gran alquimista del siglo XVIII.

Okier

SAINT GERMAIN

LA SANTÍSIMA TRINOSOFÍA

Traducción e interpretación del texto y las figuras por Edmundo Waisman

kier
Libros desde 1907

RESEÑA BIOGRÁFICA

Para la historia oficial, el origen del conde de Saint Germain es un enigma. Sobre su patria de nacimiento hay múltiples afirmaciones, pero la más digna de fe es, tal vez, la del príncipe Carlos de Hesse Cassel, quien decía en sus memorias que Saint-Germain afirmó ser hijo del príncipe Rakoczy de Transilvania y de su primera esposa, una Teleky.

De todas maneras, a pesar de lo dicho por Carlos de Hesse Cassel, toda Europa se planteó el interrogante muchas veces.

Asumió por propia voluntad el nombre de Hermano Santo –que es lo que significa Saint-Germain–, según se dice, para distinguirse de sus hermanos, aunque otras fuentes nos dicen que este nombre le viene del hecho de haber comprado una propiedad llamada San Germano en el Tirol italiano.

Este extraño personaje, que hablaba a la perfección cerca de treinta lenguas tanto antiguas como modernas, que reunía en sí todos los conocimientos de la época, fue el asombro de las cortes europeas durante todo el siglo XVIII y principios del XIX. Recorrió Europa bajo diversos nombres, tales como marqués de Monferrat, conde Bellamarre, caballero Schoening, caballero Weldon, conde Soltikoff, príncipe Rakoczy, conde de Surmont, etc.

Fue un experto en la transmutación de metales y piedras preciosas, lo que demuestra que la alquimia no guardaba secretos para él, afirmándose también que sabía preparar un elixir de eterna juventud mediante el cual se conservaba siempre joven, como lo atestiguan todos lo que lo conocieron, pues mientras la gente a su alrededor mostraba en sus cuerpos el paso del tiempo, Él aparentaba siempre alrededor de cuarenta años.

Saint-Germain fue un adepto dotado de los más grandes poderes. Profetizó ante Luis XV, Luis XVI y María Antonieta los tempestuosos acontecimientos que se avecinaban para Europa. Poseía el don de la ubicuidad, y se cuenta que podía aparecer en donde se lo necesitara, sin recurrir al uso de las puertas y adivinándolo telepáticamente, cuando era llamado o invocado. Tenía una memoria prodigiosa demostrada no sólo en su conocimiento lingüístico, sino también cuando, leyendo rápidamente un largo escrito, era capaz de repetirlo palabra por palabra al día siguiente.

Controlaba perfectamente y en forma igual los dos hemisferios de su cerebro, demostrando esto al escribir dos cartas al mismo tiempo, con una mano una carta de amor y con la otra una de alta filosofía. Como músico tenía un talento extraordinario, siendo capaz de tocar todos los instrumentos, aunque el violín era su preferido.

Se lo describe físicamente como bien proporcionado y de peso mediano, con facciones regulares y agradables, cabello negro y tez ligeramente morena, frente amplia y ojos separados. Vestía con elegancia pero en forma sencilla, con ropa algo ceñida y generalmente de color negro.

Solía relatar en sus charlas cortesanas experiencias vividas varios siglos y aun milenios atrás, con lo cual provocaba en sus oyentes un enorme asombro, seguido éste, tanto del escepticismo y la burla como de la admiración de algunos pocos amigos fieles que tuvo.

Actuó también en el terreno de la diplomacia, recordándose especialmente su viaje a La Haya para hacer arreglos de paz con los holandeses por encargo de Luis XI de Francia.

En cuanto al hecho de su muerte, éste es un asunto tan misterioso y lleno de incógnitas como su nacimiento. Oficialmente se dice que "murió" en casa de su amigo y protector el príncipe Carlos de Hesse Cassel, el 27 de febrero de 1784. ¿Es cierto esto? Si esto es cierto, ¿cómo fue entonces que se apareció en 1789 a Madame d'Adhemar para predecir los episodios revolucionarios, y a Rudolf Gráffer, en 1790, revelándole sucesos que habrían de tener lugar en los siglos XIX y XX, tales como el nacimiento de los ferrocarriles y

los barcos a vapor en el siglo XIX, y las alteraciones climáticas que vendrán en el fin del ciclo astronómico actual, a comienzos del siglo XXI?

¿Quién es realmente el conde de Saint-Germain? Las enseñanzas ocultas nos dicen que la individualidad altamente evolucionada que apareció en Europa con ese nombre llegó al adeptado bajo la vestidura física del hijo del príncipe Rakoczy, habiendo sido antes el filósofo Francis Bacon y antes el también filósofo y científico Roger Bacon. Siendo Francis Bacon, escribió las obras que aparecieron después como de William Shakespeare.

Logró su tercera iniciación en el cuerpo de Francis Bacon y su cuarta y quinta iniciaciones en el cuerpo de Rakoczy. Ya como Maestro Rakoczy, perteneciente al séptimo rayo, le fue dada la regencia de Europa y América en el gran gobierno interno del mundo que dirige la evolución de la humanidad. En la primera mitad del siglo XX asumió el cargo de Mahachohan, llamado también Señor de la Civilización, el cual es uno de los tres grandes Señores que, encarnando los tres rayos mayores (Voluntad o Poder, Amor-Sabiduría e Inteligencia o Actividad) guían a los hijos de los hombres hacia su perfección.

El Mahachohan encarna el aspecto inteligencia, y su tarea es la de estimular el desarrollo de ésta entre los hombres para, así –fortaleciendo la relación entre la vida y la forma, el espíritu y la materia–, beneficiar a la civilización, resultante de la acción del hombre inteligente sobre la naturaleza.

El que Saint-Germain tenga un alma del séptimo rayo (Magia Ceremonial), y que durante la vida de su cuerpo físico haya pertenecido a logias secretas francmasónicas y rosacruces, nos indica que su acción se efectúa principalmente por medio del ritual esotérico, aunque también por ser el séptimo rayo un subsidiario del tercero (al igual que el cuarto, el quinto y el sexto), influenció –ya desde antes de asumir el puesto de Mahachohan– a todos los discípulos cuya alma es de tercer rayo, siendo fundamental su aporte a los descubrimientos científicos de la edad contemporánea. Esta influencia se realizó por medio de la impresión telepática en la mente de

los buscadores, causando las, a menudo llamadas, inspiraciones que todo profundo pensador conoce.

Aquél que se llamó a sí mismo el Noble Hermano Santo (conde de Saint-Germain), Noble de Sobre Monte (conde de Surmont) y Caballero Bienhechor (Waldone), debe retornar al mundo, según piensan algunos, para dar un mensaje especial a través de un vehículo físico apto y puro, tal como lo hicieron el Cristo Maitreya, a través del cuerpo de Jesús, y el Buda Amitaba a través del cuerpo de Gautama.

¿Dónde estará el castillo (cuerpo causal) en el cual el "Conde" podrá aposentarse?

ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS DE "LA SANTÍSIMA TRINOSOFÍA"

Según palabras del mismo Saint-Germain en el texto, éste fue escrito para enseñanza de su amigo Filocasto en uno de los calabozos de la Inquisición, en Roma, en donde había sido encerrado.

Este es el único manuscrito conocido del conde de Saint Germain, y su valor esotérico es incalculable.

La "Très Sainte Trinosophie"; cuyo manuscrito se halla en la Biblioteca de Troyes, en Francia, es un libro que consta de noventa y cinco folios escritos de un solo lado, con excelente caligrafía e irregular acentuación y ortografía. El francés usado es culto y muchas páginas tienen imágenes bien dibujadas y espléndidamente coloreadas. Contiene por otra parte, numerosos símbolos y alteraciones en las palabras, hecho que evidencia un propósito específico. Hay además, en todo el libro, numerosos jeroglíficos, figuras y símbolos mágicos, palabras en idiomas antiguos, tales como el persa, griego, siriaco, hebreo, árabe, y caracteres cuneiformes. Al final del escrito hay varias hojas en claves secretas.

Es muy significativo el hecho de que sea Troyes (Troya) la ciudad en cuya biblioteca ha sido conservado este manuscrito. Sobre esto se hablará más detenidamente al comentar el capítulo nueve.

Se dice que este texto estuvo en manos del conde Alejandro Cagliostro, quien lo llevó consigo a Roma; pasó después a poder de un general del ejército de Napoleón llamado Messena, para ser comprado luego a muy bajo precio por la Biblioteca de Troyes.

¿Tiene alguna relación la Santísima Trinosofía con la sociedad de "Los Trinosofistas" fundada por el francmasón belga Jean Marie Ragon? ¿Fue este texto un libro de rituales de esta sociedad?

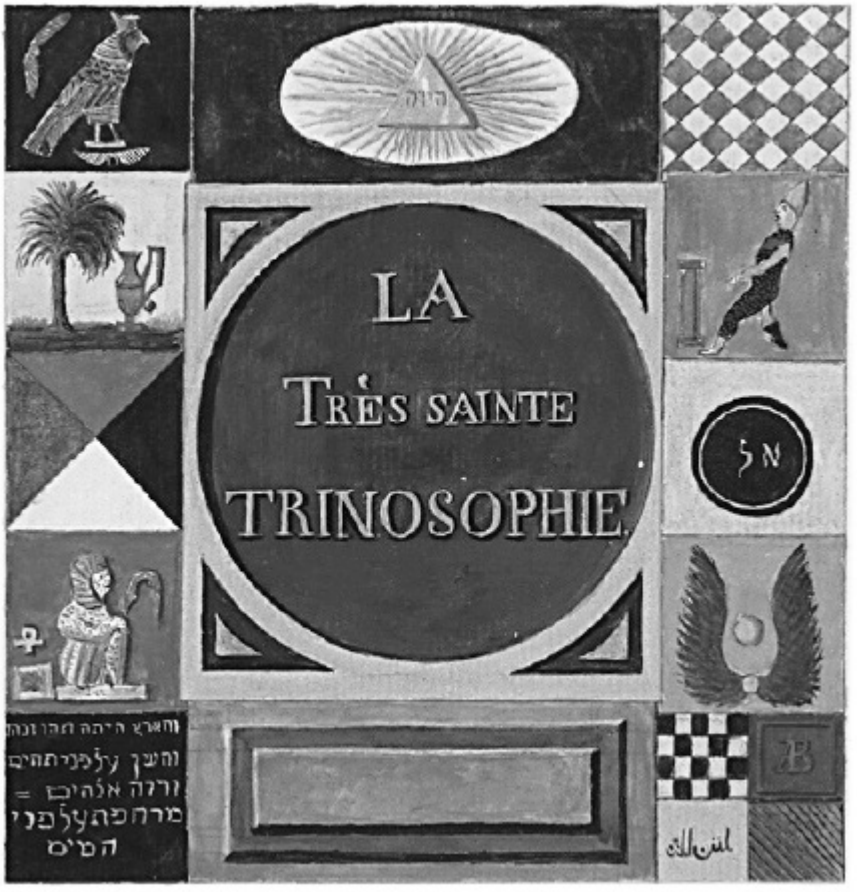

Figura 1
Correspondiente a Primera Parte

PRIMERA PARTE

Es en el asilo de los criminales, en los calabozos de la Inquisición, donde su amigo escribe estas líneas para que le sirvan de enseñanza. Pensando en las inapreciables ventajas que este documento de la amistad le procurará, yo siento mitigarse los horrores de un cautiverio tan largo como poco merecido... Tengo el placer de pensar que rodeado de guardianes, cargado de cadenas, un esclavo puede todavía elevar a su amigo por encima de los poderosos, de los monarcas que gobiernan este lugar de exilio.

Usted ha de penetrar, mi querido Filocasto, en el santuario de las ciencias sublimes; mi mano levantará para usted el velo impenetrable que oculta, a los ojos del vulgo, el tabernáculo, el santuario donde el Eterno depositó los secretos de la naturaleza, secretos que él reserva para algunos seres privilegiados, para los Elegidos que su omnipotencia creó para VER, para encumbrarse tras Él en la inmensidad de su Gloria, y desviar sobre el género humano uno de los Rayos que brillan alrededor de su Trono de oro.

Si el ejemplo de su amigo resulta para usted una lección saludable, yo bendeciré los largos años de prueba que los malvados me han hecho soportar.

Dos escollos igualmente peligrosos se le presentarán constantemente. Uno de ellos ultrajará los derechos sagrados de cada individuo; es el Abuso del poder que Dios le habrá confiado; el otro causará su perdición: es la Indiscreción... Ambos son nacidos de la misma madre, ambos deben la existencia al Orgullo. La debilidad humana los amamanta; son

ciegos; su madre los conduce; con su ayuda estos dos Monstruos llevan su aliento impuro aun a los corazones de los Elegidos del Altísimo. ¡Ay de aquél que abuse de los dones del cielo para servir a sus pasiones! La mano todopoderosa que somete a él los Elementos lo quebrará como a una frágil caña; una eternidad de tormentos podrá apenas expiar su crimen. Los Espíritus Infernales sonreirán con desdén ante el llanto del ser cuya voz amenazadora los hizo temblar tan a menudo en el seno de sus abismos de fuego.

No es para usted, Filocasto, que yo trazo este cuadro horroroso; el amigo de la humanidad no se volverá jamás su perseguidor... pero la Indiscreción, hijo mío, esa necesidad imperiosa de inspirar el asombro, la admiración, he ahí el precipicio que yo temo para usted. Dios deja a los hombres la tarea de castigar al imprudente ministro que permite al ojo del profano penetrar en el misterioso santuario: ¡Oh, Filocasto!, que mis desdichas estén presentes incesantemente en su espíritu. Y yo también he conocido la felicidad. Colmado con las bendiciones del cielo y rodeado de un poder tal que el entendimiento humano no puede concebir, dirigiendo a los genios que guían al mundo, dichoso de la felicidad que yo hacía nacer, yo gozaba, en el seno de una familia adorada, la felicidad que el Eterno otorga a sus hijos queridos. Un instante destruyó todo, yo he hablado y todo se ha desvanecido como una nube. ¡Oh, hijo mío!, no siga mis huellas... Que un vano deseo de brillar a los ojos del mundo no cause también su perdición... Piense en mí; que es desde un calabozo, quebrantado el cuerpo por las torturas, que su amigo le escribe. Reflexione, Filocasto, que la mano que traza estos caracteres lleva la marca de los hierros que la abruman... Dios me ha castigado; pero, ¿qué les he hecho a los hombres crueles que me persiguen?, ¿qué derecho tienen ellos de interrogar al ministro del Eterno? Ellos me preguntan cuáles son las pruebas de mi misión: mis testigos son los prodigios; mis defensores: mis virtudes, una vida limpia, un corazón puro. ¡Qué digo!, ¿tengo aún el derecho de

quejarme? He hablado. El Altísimo me ha entregado, sin fuerzas y sin poder, a las furias del ávido fanatismo. Los brazos que en otro tiempo podían derribar un ejército, apenas pueden hoy levantar las cadenas que los oprimen.

Yo divago, debo dar gracias a la justicia eterna, el Dios vengador ha perdonado a su hijo arrepentido. Un espíritu Aéreo ha atravesado los muros que me separan del mundo resplandeciente de luz; se ha presentado ante mí; él ha fijado el término de mi cautiverio. Dentro de dos años terminarán mis sufrimientos; mis verdugos, entrando en mi calabozo, lo encontrarán desierto; y pronto purificado por los cuatro elementos, puro como el genio del fuego, yo recobraré la dignidad gloriosa a la que la Divina bondad me ha elevado. Pero, ¡cuán lejano está todavía ese fin! ¡Cuán largos parecen dos años a quien los pasa en el sufrimiento y en las humillaciones! No contentos con hacerme sufrir los más horribles suplicios, mis perseguidores han empleado, para atormentarme, medios más seguros, más odiosos todavía; han puesto la infamia sobre mi cabeza; han hecho de mi nombre un objeto de oprobio. Los hijos de los hombres retroceden con espanto cuando el azar los ha hecho acercarse a los muros de mi prisión; ellos temen que un vapor mortal se escape por la estrecha abertura que deja pasar, como a pesar suyo, un rayo de luz a mi celda. ¡Oh, Filocasto! Ese es el golpe más cruel con que me podían abrumar...

Todavía no sé si podré hacerle llegar esta obra... Mido las dificultades que tendré para hacerla salir de este lugar de tormentos; las que ha sido necesario vencer para terminarla. Privado de toda ayuda, yo sólo he buscado los medios que me eran necesarios. El fuego de mi lámpara, algunas monedas y unas pocas sustancias químicas escapadas a las miradas escrutadoras de mis verdugos han producido los colores que adornan este fruto de los ocios de un prisionero.

Saque utilidad de las instrucciones de su desdichado amigo. Ellas son tan claras que sería de temer que este escrito

cayera en otras manos que las suyas... Recuerde solamente que todo debe servirle... Una línea mal explicada, un trazo olvidado, le impedirán levantar el velo que la mano del Creador ha colocado sobre la Esfinge.

ADIÓS, Filocasto, no me compadezca: la clemencia del Eterno iguala a su justicia. En la primera asamblea misteriosa, usted volverá a ver a su amigo. Lo saludo en Dios. Pronto daré el beso de paz a mi hermano.

Figura 2
Correspondiente a Segunda Parte

SEGUNDA PARTE

Era de noche. La luna, velada por nubes sombrías, sólo emitía un resplandor incierto sobre los bloques de lava que bordeaban la solfatara. La cabeza cubierta con el velo de lino, teniendo en mis manos el ramo de oro, me adelanté sin temor hacia el lugar donde se me había ordenado que pasara la noche. Errando sobre una ardiente arena, la sentía a cada instante hundirse bajo mis pasos; las nubes se amontonaban sobre mi cabeza; el relámpago surcaba la noche y daba un matiz sangriento a las llamas del volcán... Por fin llegué, encontré un altar de hierro, coloqué en él el misterioso ramo… pronuncié las temibles palabras... Instantáneamente la tierra tembló bajo mis pies, estalló el trueno... el rugido del Vesubio respondió a sus golpes redoblados; sus fuegos se unieron a los fuegos del rayo... Los coros de los Genios se elevaron en los aires e hicieron repetir a los ecos las alabanzas del Creador... La rama consagrada, que yo había colocado sobre el altar triangular, ardió; de pronto un humo espeso me rodeó, dejé de ver. Sumergido en las tinieblas creí descender a un abismo. Ignoro cuánto tiempo estuve en esa situación, pero al abrir los ojos, busqué vanamente los objetos que me rodeaban momentos antes. El altar, el Vesubio, la campiña de Nápoles, habían huido lejos de mis ojos, yo estaba en un vasto subterráneo, solo, alejado del mundo entero... Cerca de mí había una vestidura larga, blanca; su tejido tenue me pareció hecho de hilo de lino; sobre una mole de granito estaba colocada una lámpara de cobre; en la parte superior un tablero negro cubierto de caracteres griegos me indicaba el camino que debía seguir. Yo

tomé la lámpara, y después de ponerme el vestido entré por un estrecho camino cuyos muros estaban revestidos de mármol negro... Tenía tres millas de largo; mis pasos resonaban de una manera espantosa bajo esas bóvedas silenciosas; por fin encontré una puerta que conducía a unas gradas. Bajé por ellas. Después de haber caminado largo tiempo, creí percibir un errante resplandor delante de mí. Yo oculté mi lámpara, fijé los ojos en el objeto que entreveía. Este se disipó, se desvaneció como una sombra.

Sin reproches sobre el pasado, sin temor sobre el futuro, yo continuaba mi camino. Este se volvía cada vez más penoso... Confinado siempre dentro de galerías compuestas de bloques de piedra negra... no roe atrevía a fijar el término de mi viaje subterráneo. Finalmente, después de una muy larga marcha, llegué a un lugar cuadrado; una puerta se abría en el medio de cada uno de sus cuatro lados; eran de distintos colores y colocada cada una en uno de los cuatro puntos cardinales. Entré por la puerta del Septentrión que era negra. La que estaba frente a mí era roja; la que daba al Oriente era azul, la que estaba frente a ésta era de una blancura deslumbrante... En el centro de esta sala había un bloque cuadrado; una estrella de cristal brillaba en su centro. En el lado septentrional se veía una pintura que representaba a una mujer desnuda hasta la cintura; un ropaje negro le caía sobre las rodillas, dos cintas de plata adornaban su vestidura, en su mano tenía una vara que ella posaba sobre la frente de un hombre colocado ante ella. Una mesa que terminaba en un solo pie estaba entre los dos; sobre la mesa había una copa y una punta de lanza. Súbitamente una llama se elevó de la tierra y pareció dirigirse hacia el hombre. Una inscripción explicaba el tema de esta pintura, otra indicaba los medios que yo debía emplear para salir de aquella sala.

Quise retirarme después de haber contemplado el cuadro y la estrella. Cuando iba a entrar por la puerta roja, ésta, girando sobre sus goznes con un ruido espantoso, se cerró

delante de mí. Y al hacer el mismo intento con la puerta decorada con el color del cielo, ella no se cerró, pero un ruido súbito me hizo volver la cabeza; vi entonces la estrella agitarse, separarse de su lugar, dar vueltas y precipitarse rápidamente por la abertura de la puerta blanca. Yo la seguí al instante.

Figura 3
Correspondiente a Tercera Parte

TERCERA PARTE

Un viento impetuoso se levantó; apenas pude yo conservar mi lámpara encendida. Finalmente, se ofreció a mi vista una plataforma de mármol blanco a la que subí por nueve escalones. Cuando llegué al último observé una inmensa extensión de agua. Torrentes impetuosos se hacían oír a mi derecha; a mi izquierda, una lluvia fría mezclada con granizo caía cerca de mí. Yo contemplaba esta escena majestuosa, cuando la estrella que me había guiado hasta la plataforma, la cual se balanceaba lentamente sobre mi cabeza, se precipitó al abismo. Yo creí leer las órdenes del Altísimo y me precipité en medio de las olas. Una mano invisible tomó mi lámpara y la colocó en la corona de mi cabeza. Yo hendí las olas espumosas esforzándome por llegar al lugar opuesto a aquel del que había partido. Finalmente, al ver en el horizonte una débil claridad, me apresuré; yo estaba en medio de las aguas y el sudor cubría mi rostro; yo me agotaba en vanos esfuerzos. La orilla, que apenas podía percibir, parecía alejarse de mí a medida que avanzaba. Las fuerzas me abandonaban. Yo no temía morir, pero sí morir sin estar iluminado... Desanimado y levantando hacia la bóveda mis ojos bañados de lágrimas exclamé: *Judica judicium meum et redime me*, *propteo eloquium tuum vivifica me*. (Juzga tú mi juicio y redímeme; por tu elocuencia hazme vivir). Apenas podía mover mis miembros fatigados y me hundía cada vez más, cuando vi una barca cerca de mí. Un hombre cubierto de ricas vestiduras la guiaba. Noté que la proa estaba vuelta hacia la orilla que yo había abandonado. Él se acercó. Una corona de oro brillaba sobre

su frente: *Vade me cum*, me dijo, *me cum principium in terris*, *instruam te in via bac qua gradueris*. (Ven conmigo; conmigo, el primero en el mundo, yo te mostraré el camino que debes seguir). Instantáneamente yo le respondí: *Bonum est sperare in domino quam considere in principibus.* (Es mejor confiar en el Señor que sentarse entre los poderosos). En ese momento la barca se hundió en el río y el Monarca con ella, una fuerza nueva parecía correr por mis venas y logré el objeto de mis fatigas. Me encontré en una ribera cubierta de arena verde. Un muro de plata se alzaba ante mí. Dos paneles de mármol rojo estaban incrustados en él. Yo me aproximé; uno de ellos estaba cubierto de caracteres sagrados; sobre el otro había grabada una línea de letras griegas; entre los dos paneles había un círculo de hierro. Dos leones, uno rojo y el otro negro, descansaban sobre nubes y parecían cuidar una corona de oro colocada encima de ellos. También se veían, cerca del círculo, un arco y dos flechas. Leí algunos caracteres escritos sobre los flancos de uno de los leones; mas, apenas había yo observado estos diferentes emblemas, ellos desaparecieron junto con el muro que los contenía.

Figura 4
Correspondiente a Cuarta Parte

CUARTA PARTE

En su lugar un lago de fuego se presentó ante mí; el azufre y el betún giraban en olas encendidas. Yo temblé; una voz fuerte me ordenó atravesar las llamas. Yo obedecí, y las llamas parecieron perder su actividad. Por largo tiempo caminé en medio del incendio. Llegado a un espacio circular, contemplé el magnífico espectáculo que la bondad del cielo se dignaba hacerme gozar.

Cuarenta columnas de fuego decoraban la sala en la que me encontraba. Un lado de las columnas brillaba con un fuego blanco y vivo, el otro lado parecía estar en la sombra; una llama negruzca lo cubría. En el centro de este lugar se levantaba un altar en forma de serpiente. Un oro verdoso embellecía sus escamas matizadas sobre las que se reflejaban las llamas que la rodeaban. Sus ojos parecían rubíes. Una inscripción plateada estaba colocada cerca de ella. Una rica espada estaba clavada en tierra cerca de la serpiente; una copa descansaba sobre su cabeza... Yo escuché el coro de los espíritus celestiales, y una voz que me dijo: "El fin de tus trabajos se acerca, toma la espada y golpea la serpiente".

Yo saqué la espada de su vaina. Acercándome al altar, con una mano tomé la copa, y con la otra asesté un golpe terrible sobre el cuello de la serpiente. La espada rebotó, el golpe resonó como si hubiese golpeado una campana de bronce. Apenas había yo obedecido a la voz, el altar desapareció y las columnas se perdieron en la inmensidad. El sonido que había escuchado al golpear el altar se repitió como si mil golpes fueran dados al mismo tiempo. Una mano me tomó por los

cabellos y me levantó hacia la bóveda que se abrió para dejarme paso. Vagos fantasmas se presentaron ante mí: Hidras, Lamias me rodearon de serpientes. La vista de la espada que yo tenía en la mano dispersó esa inmunda multitud como los primeros rayos del día disipan los sueños, frágiles hijos de la noche. Después de subir por una línea perpendicular a través de las diferentes capas que formaban las paredes del globo, volví a ver la luz del Día.

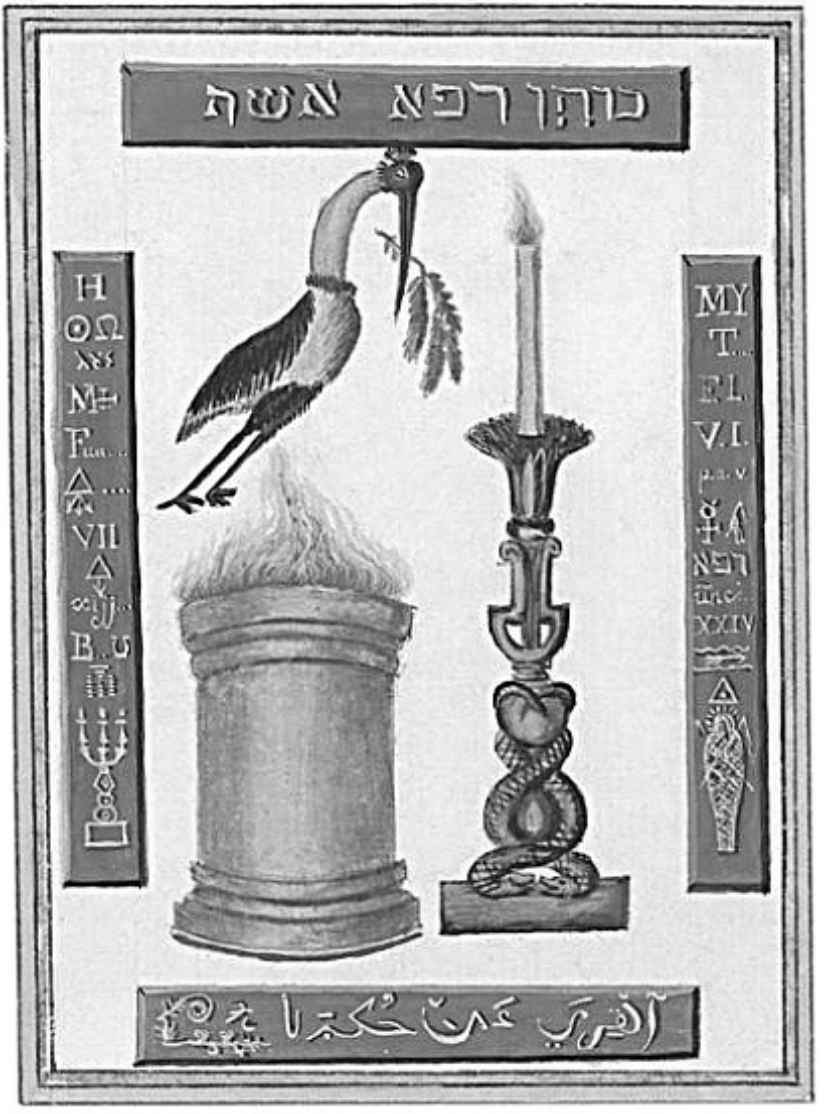

Figura 5
Correspondiente a Quinta Parte

QUINTA PARTE

Apenas había llegado a la superficie de la tierra, mi guía invisible me condujo aún más rápidamente. La velocidad con que nosotros recorríamos los espacios aéreos no puede ser comparada a nada sino a ella misma. En un instante perdí de vista las llanuras sobre las que había estado. Observé con asombro que había salido del seno de la tierra, lejos de los campos de Nápoles. Una llanura desierta, algunas masas triangulares, eran los únicos objetos que percibía. Pronto, a pesar de las pruebas que había soportado, un nuevo terror me asaltó. La tierra sólo me parecía una nube confusa. Yo había sido elevado a una altura inmensa. Mi guía invisible me abandonó y volví a descender. Durante un tiempo bastante largo di vueltas en el espacio: la tierra se desplegaba ante mi vista perturbada... Yo podía calcular cuántos minutos pasarían antes que fuera a estrellarme contra una roca. Pero luego, rápido como el pensamiento, mi guía se precipitó tras de mí, me volvió a tomar, me elevó una vez más y me volvió a dejar caer. Finalmente me elevó con él a una distancia inconmensurable. Yo veía globos dar vueltas a mi alrededor y tierras gravitar a mis pies. De pronto, el genio que me llevaba tocó mis ojos y yo me desvanecí. Ignoro cuánto tiempo pasé en ese estado. Cuando desperté me encontré recostado en un lujoso cojín: flores y aromas embalsamaban el aire que respiraba... Una túnica azul sembrada de estrellas de oro había reemplazado las vestiduras de lino. Frente a mí, había un altar Amarillo del que ascendía una llama pura, a la cual ninguna otra sustancia, excepto el altar mismo, alimentaba.

Negros caracteres estaban grabados en su base. Cerca del altar había una antorcha encendida que brillaba como el sol; y sobre el altar un pájaro, cuyas patas eran negras, cuyo cuerpo era de plata, roja su cabeza, negras sus alas y de oro su cuello. Se agitaba sin cesar, mas sin usar sus alas, pues sólo podía volar cuando se encontraba en medio de las llamas. En su pico había una rama verde; su nombre es *hakîm*[1]; el nombre del altar es *hallâj*[2]. El altar, el pájaro y la antorcha son los símbolos de todo. Nada puede ser hecho sin ellos. Ellos mismos son todo lo que es bueno y grande. La antorcha se llama *Majûsi*[3].

Cuatro inscripciones rodeaban estos diferentes emblemas.

---

[1]*hakîm*: (sabio).
[2]*hallâj*: (cardador). ¿Por qué esta palabra?
[3]*Majûsi*: (mazdeísta). Alusión al culto del fuego.

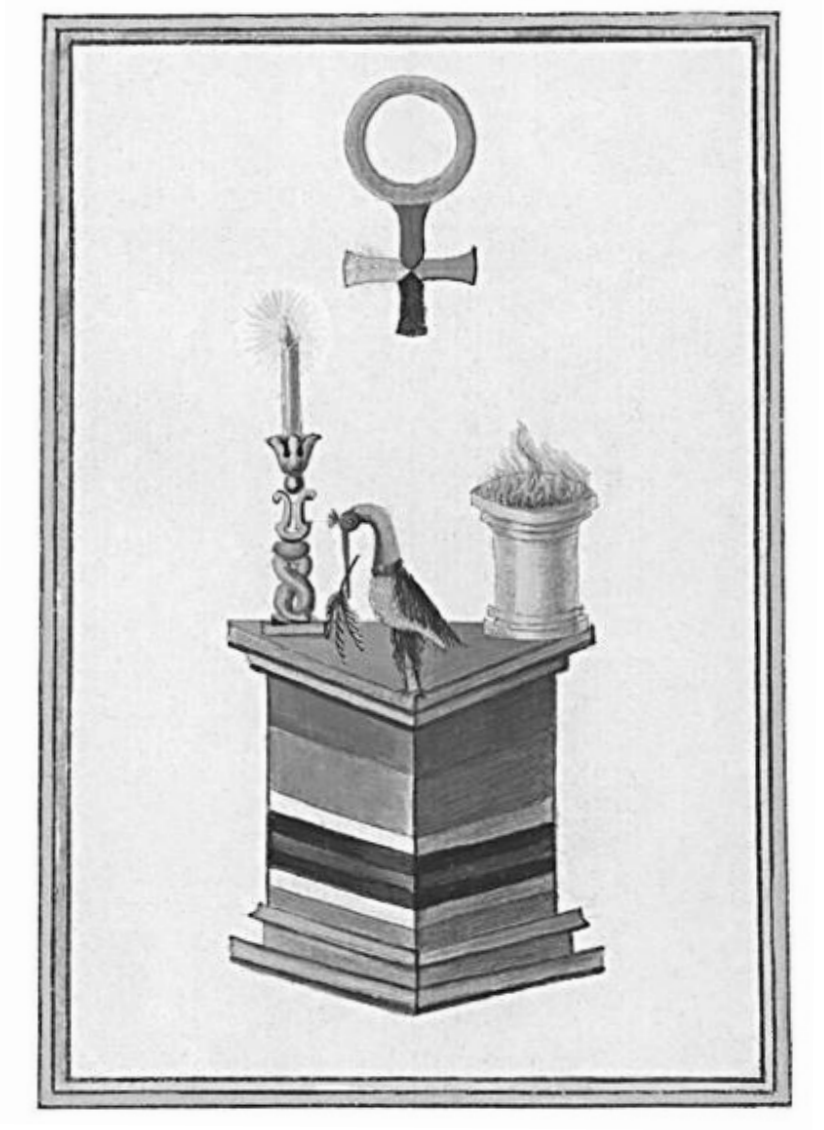

Figura 6
Correspondiente a Sexta Parte

SEXTA PARTE

Yo me volví y divisé un palacio inmenso: su base reposaba sobre nubes, su cuerpo estaba formado por mármoles y su forma era triangular; cuatro filas de columnas se levantaban una sobre otra. Un globo dorado remataba este edificio. La primera fila de columnas era blanca, la segunda negra, la tercera verde; la última era de un rojo brillante. Yo quise, después de haber admirado esta obra de los artistas eternos, volver al lugar donde estaban el altar, el pájaro y la antorcha, pues aún quería observarlos. Habían desaparecido. Yo los buscaba con mis ojos cuando se abrieron las puertas del palacio. Un anciano venerable salió. Su túnica era semejante a la mía, a excepción de un sol dorado que brillaba sobre su pecho. Su mano derecha empuñaba una rama verde, la otra sostenía un incensario. Una cadena de madera estaba atada a su cuello y una tiara puntiaguda como la de Zoroastro cubría su cabeza encanecida. Se me acercó con una benevolente sonrisa en sus labios: "Adora a Dios", me dijo en persa, "es Él quien te ha sostenido en las pruebas; su espíritu estaba contigo. Hijo mío, has dejado escapar la ocasión, tú podrías haberte apoderado al instante del pájaro *hakîm*, de la antorcha *majûsi* y del altar *hallâj*, y te hubieras transformado en Altar, Pájaro y Antorcha a la vez. Es necesario ahora, para llegar al lugar más secreto del Palacio de las ciencias sublimes, que recorras todos los recodos. Ven... ante todo debo presentarte a mis hermanos". Me tomó de la mano y me introdujo en una vasta sala.

Los ojos del vulgo no pueden concebir la forma y la riqueza de los ornamentos que la embellecían. Trescientas

sesenta columnas la rodeaban por todas partes. Suspendida del techo por una argolla de oro pendía una cruz roja, blanca, azul y negra. En el centro de la sala había un altar triangular compuesto de los cuatro elementos; sobre sus tres puntas estaban asentados el pájaro, el altar y la antorcha. "Han cambiado de nombre", me dijo mi guía, "aquí el pájaro es llamado *aspirna*[1], el altar *Kahena*[2], y la antorcha *Nephrîth*[3]. La sala es llamada *Hajalah*[4], y el altar triangular, *Athanor*".

Alrededor del altar estaban colocados ochenta y un tronos a los que se subía por nueve escalones de distintas alturas y que estaban cubiertos por alfombras rojas.

Mientras yo examinaba los tronos, se hizo oír una trompeta. A su sonido las puertas de la sala *hajalah* se abrieron para dejar pasar a setenta y nueve personas, vestidas todas como mi guía. Se aproximaron lentamente y se sentaron sobre los tronos. Mi guía se mantenía de pie a mi lado. Un anciano, que se distinguía de sus hermanos por un manto púrpura con bordes cargados de caracteres bordados, se levantó. Mi guía, tomando la palabra, dijo en lengua sagrada: "He aquí a uno de nuestros hijos a quien Dios quiere hacer tan grande como sus padres". "Que la voluntad del Señor se cumpla", respondió el anciano, y dirigiéndose a mí agregó: "Hijo mío, se ha cumplido el tiempo de tus pruebas físicas... Te quedan por hacer grandes viajes. En lo sucesivo tú te llamarás *El-Taâm*[5]. Antes de recorrer este edificio, ocho de mis hermanos y yo te haremos un presente cada uno". Vino hacia mí y me dio, junto con el beso de paz, un cubo de tierra gris al que se le llama *humam*.[6], El segundo me dio tres cilindros de piedra negra llamada *Qenka*.[7] El tercero, un trozo de cristal redondo al que

---

[1] *aspirna*: (adverbio que significa diligentemente).
[2] *Kahena*: (sacerdote: forma caldea).
[3] *Nephrîth:* (?).
[4] *Hajalah*: (cámara nupcial).
[5] *El-Taâm*: (el alimento).
[6] *humam*: (ceniza o lava, de volcán).
[7] *Qenka*: (tu nido).

se llama ¿?[8] El cuarto, un penacho de plumas azules llamado *Ashqûshaq*.[9] El quinto agregó un vaso de plata que lleva el nombre de *Geshem*.[10] El sexto, un racimo de uvas conocido entre los sabios bajo el nombre de *Marahresha*.[11] El séptimo me presentó una figura de pájaro semejante por su forma a ¿?,[12] pero no tenía sus brillantes colores; era de plata. "Tiene el mismo nombre, me dijo, a ti te corresponde darle las mismas virtudes". El octavo me dio un pequeño altar parecido también al altar *Nephrîth*. Finalmente mi guía puso en mis manos una antorcha compuesta, como *Marah*, de partículas brillantes, pero apagada. "A ti te corresponde –agregó–, como aquél que lo había precedido, darle las mismas virtudes". "Reflexiona sobre estos dones –me dijo luego el jefe de los sabios–, todos tienden igualmente hacia la perfección, pero ninguno es perfecto en sí mismo. Es de su mezcla que debe surgir la obra divina. Debes saber, también, que todos ellos carecen de valor, si no los empleas siguiendo el orden en el que te han sido dados. El segundo, que sirve para usar el primero, no será más que una materia en bruto, sin calor ni utilidad, sin la ayuda del que viene después de él. Guarda cuidadosamente los presentes que has recibido y comienza tus viajes después de haber bebido en la copa de la vida". Me presentó luego, en una copa de cristal, un licor brillante y azafranado; su gusto era delicioso y exhalaba un perfume exquisito. Yo quise devolver la copa después de haber mojado mis labios en el licor. "Termina esa bebida –me dijo el anciano–, será el único alimento que tomarás mientras duren tus viajes". Yo obedecí, y sentí un fuego divino recorrer todas las fibras de mi cuerpo. Estaba más fuerte, más animoso, y hasta mis facultades intelectuales parecían haberse duplicado.

---

[8] (Caracteres que nos son desconocidos, tal vez siríaco).

[9] *Ashqûshaq*: (?)

[10] *Geshem*: (lluvia) o (cuerpo).

[11] *Marah-resha*: (la primera de las dos palabras significa "amargura", la segunda una forma caldea de Robh, "cabeza" (?)).

[12] Se lee la palabra hebrea "tetragrama" escrita en sentido inverso.

Yo me apresuré en dar el saludo de los sabios a la augusta asamblea que estaba por dejar, y ante las órdenes de mi guía, penetré en la larga galería que estaba a mi derecha

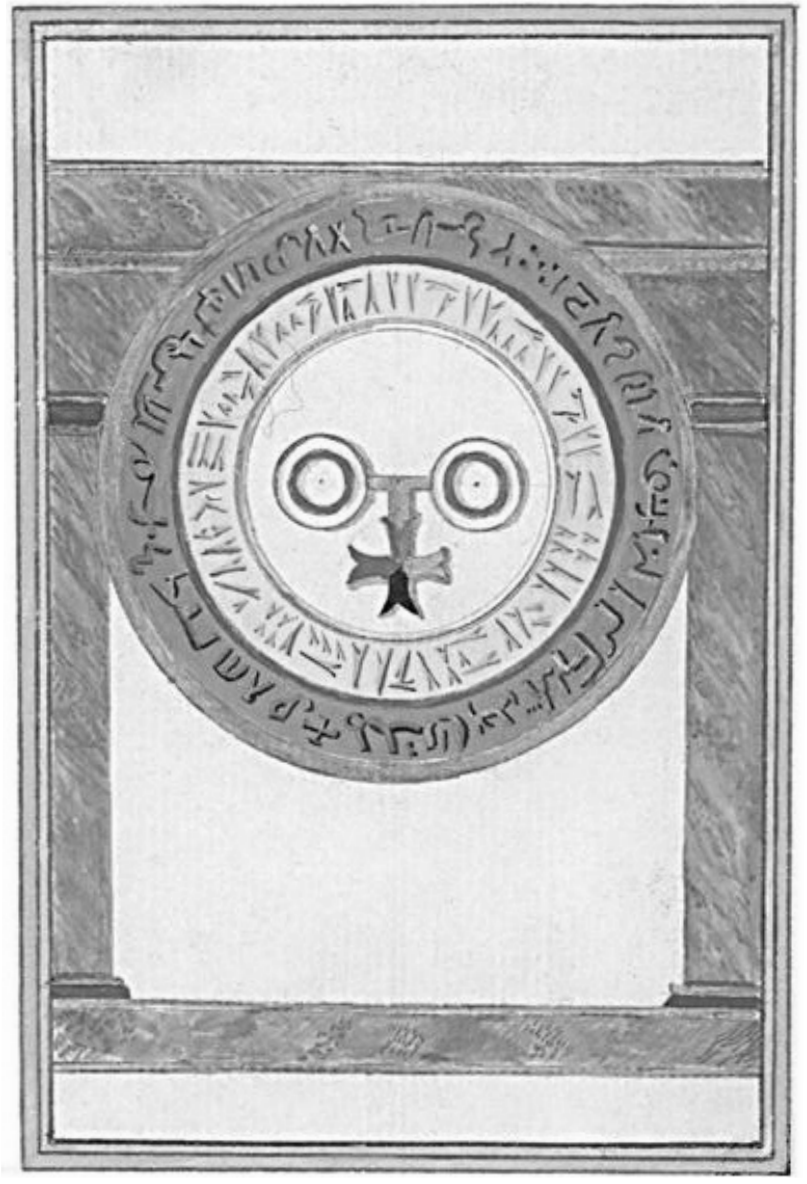

Figura 7
Correspondiente a Séptima Parte

SÉPTIMA PARTE

A la entrada de la galería en la que me encontraba, había una vasija de acero, la cual, al acercarme, se llenó de un agua pura como el cristal, que se purificaba sobre una arena blanca y fina. La vasija era ovalada y estaba sostenida sobre tres pies de bronce. Una lámina negra incrustada sobre el lado que miraba a la puerta, contenía algunos caracteres. Junto a la vasija había un velo de lino, y sobre ella dos columnas de mármol verde soportaban una redonda placa de mármol. Allí se veía, rodeada de dos inscripciones, la figura del sello sagrado, formada por una cruz de cuatro colores sujeta a un travesaño de oro que sostenía dos círculos a los que rodeaban otros dos círculos concéntricos; el más grande, negro y el otro, rojo. A una de las columnas estaba sujeta un hacha de plata cuyo mango era azul. Su nombre era: *galganthûm*[1]. Después de haber leído las inscripciones, me acerqué al recipiente y me lavé en él. Habiendo comenzado por las manos, terminé por sumergirme todo entero. Me quedé allí tres días. Al salir del agua noté que ella había perdido su transparencia; la arena se había vuelto grisácea y partículas de color herrumbre se agitaban en el fluido. Quise secarme con el velo de lino, pero nuevas gotas de agua reemplazaban sin cesar a las que se embebían en el lienzo. Renuncié a secarme con el velo y manteniéndome a la sombra, me quedé inmóvil por seis días completos. Al cabo de ese tiempo la fuente de estas aguas se había agotado.

---

[1] *galganthûm* (?).

Yo me encontré seco y más liviano, aunque mis fuerzas me parecían aumentadas. Después de haberme paseado algún tiempo volví a la vasija. El agua que ella contenía se había secado; en su lugar había un licor rojizo y la arena estaba gris y metálica. Me bañé nuevamente allí, cuidando entretanto de no quedarme más que algunos instantes. Al retirarme noté que yo había absorbido una parte del líquido. Esta vez no traté de secar con el lienzo el licor del que yo estaba impregnado pues éste hubiera destruido la tela al instante, por ser muy fuerte y corrosivo. Fui al otro extremo de la galería para tenderme sobre un lecho de arena caliente donde pasé siete días. Al cabo de ese tiempo regresé a la vasija. El agua estaba como la encontré la primera vez. Me sumergí en ella y volví a salir después de haberme lavado cuidadosamente. Esta vez no tuve dificultad en secarme. Finalmente, después de haberme purificado según las instrucciones que había recibido, me dispuse a salir de esa galería en la que había estado dieciséis días.

Figura 8
Correspondiente a Octava Parte

OCTAVA PARTE

Dejé la galería por una puerta baja y estrecha y entré en un aposento circular, cuyo artesonado era de madera de fresno y sándalo. Al fondo del aposento, sobre un pedestal compuesto de cepas de vid, reposaba un montón de sal blanca y brillante. En la parte superior había un cuadro que representaba un león blanco coronado y un racimo de uvas, posados ambos sobre una bandeja que el humo de un brasero encendido elevaba en el aire. A mi derecha y a mi izquierda se abrían dos puertas, dando una sobre una llanura árida. Un viento seco y ardiente reinaba allí en todo tiempo. La otra puerta se abría sobre un lago, al extremo del cual se percibía una fachada de mármol negro.

Yo me acerqué al altar y tomé en mis manos la sal blanca y brillante que los sabios llaman *Marah-resha* y froté con ella todo mi cuerpo. Yo me impregné con ella y después de haber leído los jeroglíficos que acompañaban al cuadro, me dispuse a dejar esa sala. Mi primera intención fue salir por la puerta que daba a la llanura, pero como un vapor ardiente salía de allí, preferí el camino opuesto. Yo tenía la libertad de elegir, con la condición, sin embargo, de no abandonar el camino que ya hubiera tomado... Me decidí a atravesar el lago; sus aguas eran sombrías y estancadas. Percibí claramente, a una cierta distancia, un puente llamado *bâs*[1]; pero preferí atravesar el lago, antes que el largo camino que me hubiera visto

[1] Tal vez: *bâs* ¡coraje!

obligado a recorrer para llegar al puente, siguiendo las sinuosidades de una orilla sembrada de rocas. Entré en el agua que era tan espesa como el cemento. Me di cuenta de que era inútil nadar, ya que por todas partes mis pies encontraban el fondo. Caminé en el lago durante trece días. Finalmente llegué a la otra orilla.

Figura 9
Correspondiente a Novena Parte

NOVENA PARTE

La tierra era de un color oscuro como el agua por la que yo había viajado. Un suave declive me condujo al pie del edificio que yo había visto desde lejos. Su forma era la de un largo cuadrado, y sobre el frontis estaban grabados algunos caracteres semejantes a los que empleaban los Sacerdotes de los antiguos persas. El edificio entero estaba construido de basalto negro sin pulir; las puertas, que eran de madera de ciprés, se abrieron para dejarme pasar. Un viento cálido y húmedo se levantó de repente y me empujó rápidamente hasta el centro de la sala, cerrando al mismo tiempo las puertas tras de mí... Me encontré en la oscuridad. Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la poca luz que reinaba en ese recinto, y pude distinguir los objetos que me rodeaban. La bóveda, las paredes, el piso de la sala, eran negros como el ébano. Dos cuadros pintados sobre el muro llamaron mi atención; uno representaba un caballo, tal como el que los poetas nos describen que causó la ruina de Troya. De sus flancos entreabiertos salía un cadáver humano. La otra pintura ofrecía la imagen de un hombre muerto desde hacía largo tiempo. Los viles insectos, hijos de la putrefacción, se agitaban sobre su rostro y devoraban la sustancia que los había hecho nacer. Uno de los brazos descarnados de la figura muerta dejaba ya ver los huesos. Colocado cerca del cadáver, un hombre vestido de rojo, se esforzaba por levantarlo. Una estrella brillaba sobre su frente; borceguíes negros cubrían sus piernas. Tres paneles negros cubiertos de caracteres de plata estaban colocados

arriba, entre los cuadros, y debajo de ellos. Yo los leí y me ocupé en recorrer la sala donde debía pasar nueve días.

En el rincón más oscuro había un montón de tierra negra fértil, rica y saturada de partículas animales. Yo quise tomar un poco y una voz estrepitosa como el sonido de una trompeta me lo prohibió. "Sólo hace ochenta y siete años que esta tierra está colocada en esta sala", me dijo la voz, "cuando hayan pasado otros trece años, tú y los otros hijos de Dios podrán usarla". La voz calló, pero los últimos sonidos vibraron largo tiempo en ese templo del silencio y de la muerte. Después de haber permanecido allí el tiempo prescripto, salí por la puerta opuesta a aquella por la que había entrado. Yo volví a ver la luz, pero ella no era lo suficientemente viva, alrededor de la negra sala, como para cansar mis ojos habituados a la oscuridad.

Yo vi con extrañeza que para llegar a los otros edificios me era necesario atravesar un lago más extenso que el primero. Caminé en el agua durante dieciocho días. Yo recordé que en la primera travesía las aguas del lago se volvían más negras y más espesas a medida que yo avanzaba. Por el contrario, las aguas de este lago se aclaraban a medida que yo me aproximaba a la orilla. Mi traje, que en el palacio se había vuelto negro como los muros, me pareció entonces de un tinte grisáceo y, poco a poco, recobró sus colores; sin embargo, no estaba del todo azul sino que se acercaba a un hermoso verde.

Después de dieciocho días, subí a la orilla por una escalinata de mármol blanco. La sala negra se llamaba *Tsahn*[1]; el primer lago, *Tsahn rosh*[2]; el segundo lago, *Tsahn aharîth*[3].

---

[1]*Tsahn*: palabra que no existe en hebreo, pero en árabe con las letras correspondientes a cahn "plato" o "cubeta", puede designar los lagos de que se trata.

[2]*Tsahn rosh*: "cuenco de la cabeza".

[3]*Tsahn aharîth*: "cuenco de la extremidad posterior" (por oposición a la cabeza).

Figura 10
Correspondiente a Décima Parte

DÉCIMA PARTE

A cierta distancia de la orilla un suntuoso palacio elevaba en los aires sus columnas de alabastro. Sus diferentes partes se juntaban por pórticos color de fuego. Todo el edificio era de una arquitectura liviana y aérea. Yo me acerqué a las puertas; sobre el frontis estaba representada una mariposa. Las puertas estaban abiertas... Yo entré. Todo el palacio consistía en una sola sala... Tres filas de columnas la rodeaban. Cada fila estaba compuesta por veintisiete columnas de alabastro. En el centro del edificio había una figura de hombre saliendo de una tumba; su mano, apoyada sobre una lanza, golpeaba la piedra que antes la encerraba. Su cintura estaba ceñida por un ropaje verde en cuyo borde inferior brillaba el oro. Sobre su pecho había una tabla cuadrada sobre la que distinguí algunas letras. Una corona de oro estaba suspendida encima de la figura, y ésta parecía elevarse en los aires para asirla. Encima de la corona había una plancha de piedra amarilla sobre la que estaban grabados algunos emblemas. Yo los interpreté con ayuda de la inscripción que vi sobre la tumba y por la que había visto sobre el pecho del hombre.

Yo permanecí en esta sala llamada *Balsan* ¿?[1], el tiempo necesario para contemplar en ella todos sus contornos, y pronto salí de allí con la intención de llegar, a través de una vasta llanura, a una torre que yo distinguí a una distancia bastante grande.

---

[1] La primera palabra parece *Balsan* (bálsamo); la segunda es imposible de identificar.

Figura 11
Correspondiente a Undécima Parte

UNDÉCIMA PARTE

Apenas había abandonado las gradas del palacio vi revolotear delante de mí un pájaro semejante a *Aspirna*, pero éste tenía dos alas de mariposa además de las suyas. Una voz, saliendo de una nube, me ordenó que lo tomara y lo fijara. Yo me lancé tras de él. Él no volaba sino que se servía de sus alas para correr con una gran rapidez. Yo lo perseguí; él huía delante de mí y me hizo recorrer, varias veces, la llanura en toda su extensión. Yo lo seguía sin detenerme. Finalmente, después de perseguirlo durante nueve días, lo obligué a entrar en la torre que había visto de lejos cuando salí de *Tsahn*. Los muros de este edificio eran de hierro. Treinta y seis pilares del mismo metal lo sostenían. El interior era del mismo material incrustado de brillante acero. Los cimientos de la torre estaban construidos de tal manera que doblaban en altura a la parte que estaba bajo tierra. Apenas había el pájaro entrado en este recinto cuando un frío glacial pareció apoderarse de él. Hizo vanos esfuerzos para mover sus alas estremecidas, se agitó aún, tratando de huir, pero tan débilmente que le di alcance con la mayor facilidad.

Yo lo tomé, y pasándole un clavo de acero *Marahnehush*[1] a través de las alas, lo fijé al piso de la torre con la ayuda de un martillo llamado *Shîtraj*. Apenas había terminado, cuando el pájaro cobró nuevas fuerzas. No se movió más, pero sus ojos se volvieron brillantes como topacios. Yo lo estaba

---

[1] *Marah nehush*: "amargura de bronce". (?)

examinando, cuando un grupo colocado al centro de la sala atrajo mi atención. Este representaba a un hermoso hombre en la flor de la edad; en la mano sostenía una vara que rodeaban dos serpientes entrelazadas y se esforzaba por escapar de las manos de otro hombre grande y vigoroso, armado de un cinturón y un casco de hierro sobre el que ondeaba un penacho rojo. Cerca de él había una espada apoyada sobre un escudo cubierto de jeroglíficos. El hombre armado tenía en sus manos una fuerte cadena con la que ataba los pies y el cuerpo del adolescente, que trataba vanamente de escapar de su terrible adversario. Dos tableros rojos contenían caracteres.

Yo abandoné la torre y, abriendo una puerta que estaba entre dos pilares, me encontré en una vasta sala.

Figura 12
Correspondiente a Duodécima Parte

DUODÉCIMA PARTE

La sala en la que acababa de entrar era perfectamente redonda; se parecía al interior de un globo; formada de un material duro y diáfano como el cristal, recibía luz por todas partes. La parte inferior estaba colocada sobre un vasto estanque lleno de arena roja. Un calor suave y parejo reinaba en este recinto circular. Los sabios llaman a esta sala *Zelûpb* (?)[1]. El estanque de arena que la sostiene lleva el nombre de *Asha hôlith*[2]. Yo miraba con extrañeza ese globo de cristal cuando un nuevo fenómeno excitó mi admiración: del piso de la sala subía un vapor suave, húmedo y azafranado que me rodeó, me levantó suavemente y en el lapso de treinta y seis días me llevó hasta la parte superior del globo. Después de ese tiempo el vapor se debilitó, yo descendí poco a poco, y finalmente me volví a encontrar sobre el piso. Mi túnica había cambiado de color; era verde cuando yo entré en la sala, ahora se había vuelto de un rojo brillante. Por un efecto contrario, la arena sobre la que reposaba el globo perdió su color rojo y gradualmente se volvió negra. Yo permanecí aún tres días en la sala después del fin de mi ascensión.

Pasado ese tiempo, yo salí de allí para entrar en un vasto sitio rodeado de columnatas y de pórticos dorados. En el centro del lugar había un pedestal de bronce sosteniendo un grupo que representaba la imagen de un hombre grande y fuerte, cuya majestuosa cabeza estaba cubierta de un casco

---

[1] *Zelûph o Zuluph* (?), la segunda palabra es incomprensible.
[2] *Asha hôlith* (fuego de arena).

coronado. A través de las mallas de su armadura de oro salía una vestidura azul; en una mano sostenía una vara blanca cubierta de caracteres, la otra mano la tendía a una hermosa mujer. A su compañera no la cubría ninguna vestimenta; un sol brillaba sobre su seno; su mano derecha sostenía tres globos unidos por anillos de oro; una corona de flores rojas ceñía sus hermosos cabellos; ella se elevaba en los aires y parecía levantar consigo al guerrero que la acompañaba; los dos eran conducidos por nubes. Alrededor del grupo, sobre los capiteles de cuatro columnas de mármol blanco, descansaban cuatro estatuas de bronce; tenían alas y parecían tocar la trompeta.

Yo atravesé el lugar y subiendo una escalinata de mármol que se encontraba delante de mí, vi con asombro que volvía a entrar en la sala de los tronos (la primera, en la que había entrado cuando llegué al palacio de la sabiduría). El altar triangular estaba siempre en el centro de esta sala, pero el pájaro, el altar y la antorcha estaban reunidos y no formaban sino un solo cuerpo. Cerca de ellos descansaba un sol de oro; la espada que yo había llevado de la sala de fuego yacía a algunos pasos de allí, sobre los cojines de uno de los tronos. Yo tomé la espada y golpeando el sol lo reduje a polvo, luego lo toqué y cada molécula se transformó en un sol de oro semejante a aquel que yo había roto. "¡La obra es perfecta!", exclamó al instante una voz fuerte y melodiosa. A ese grito los hijos de la luz se apresuraron a reunirse conmigo. Las puertas de la inmortalidad me fueron abiertas, la nube que cubre los ojos de los mortales se disipó, YO VI, y los espíritus que presiden los elementos me reconocieron como su maestro.

Figura 13

Figura 14

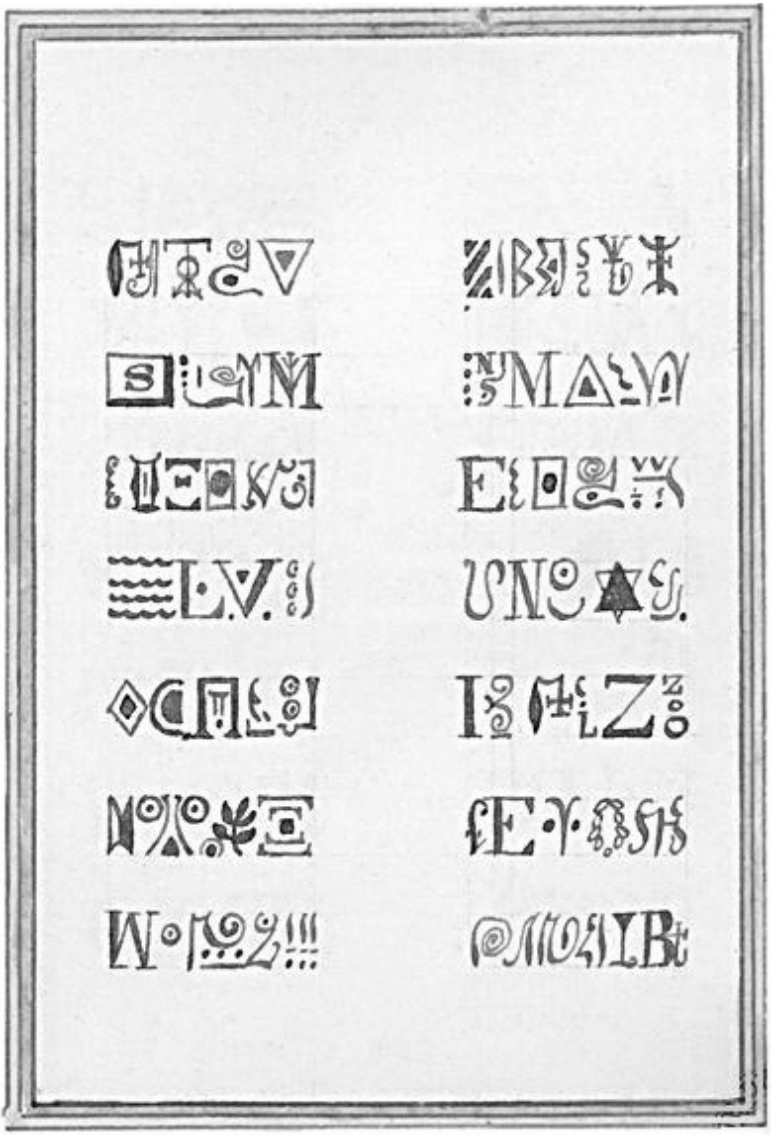

Figura 15

Figura 16

Figura 17

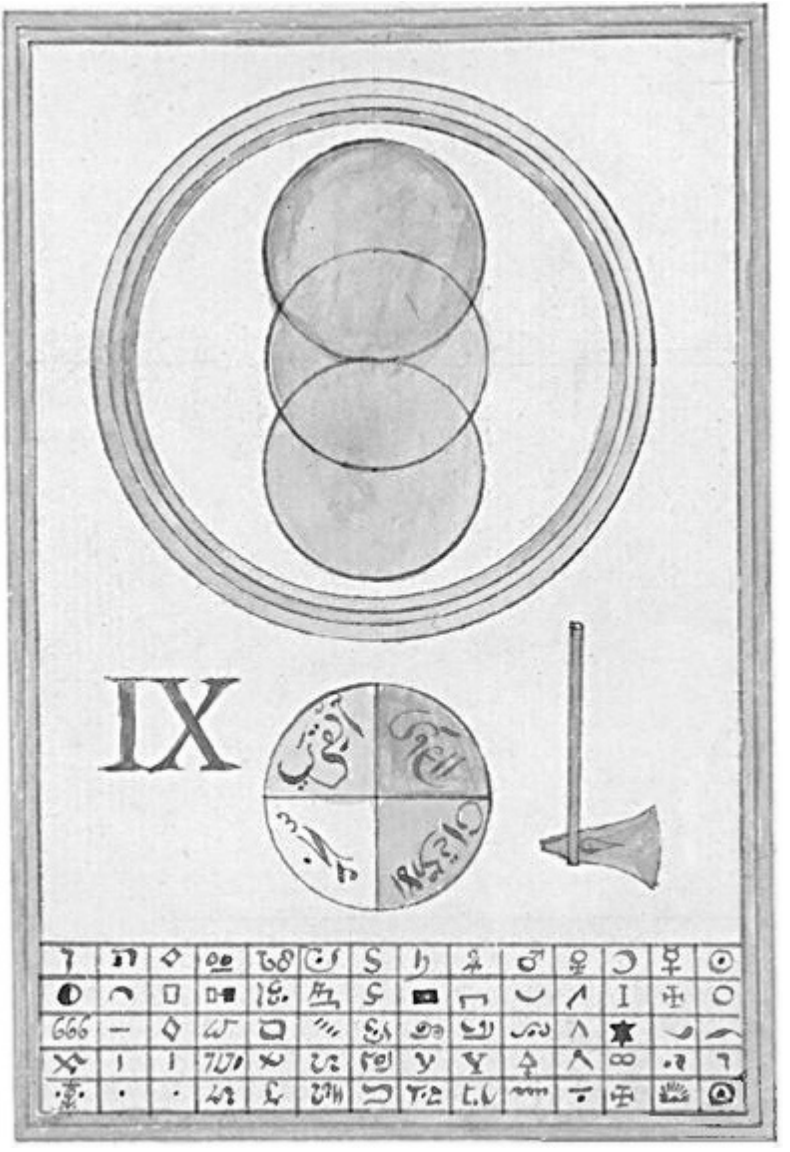

Figura 18

Figura 19

ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LAS IMÁGENES Y EL TEXTO

El título de este manuscrito nos habla de una sabiduría triple, es decir, de un conocimiento de la realidad asentado sobre una o varias triplicidades. Las experiencias descriptas en el texto se refieren a las pruebas que debe soportar y atravesar todo discípulo aspirante a la iniciación; pruebas estas que fortalecen al hombre y lo capacitan para actuar en campos de actividad más elevados, amplios y sutiles.

El libro está dividido en doce partes, pues doce son las pruebas simbólicas del aspirante a los misterios, así como son doce los trabajos de Hércules, siendo éste el símbolo de dicho aspirante.

Doce es el número que representa la totalidad de las partes de una unidad, ya sea ésta un ciclo temporal, una medida espacial o una unidad de conciencia. Las doce pruebas están relacionadas con los doce signos del zodíaco, con las doce tribus de Israel, los doce planetas, los doce dioses principales de la mitología griega, los doce meses del año, los doce apóstoles de Cristo y las doce piedras preciosas descriptas en el Apocalipsis como los fundamentos de la Ciudad Celestial (La Nueva Jerusalem).

Aunque Saint-Germain en el momento de su cautiverio sólo poseía la tercera iniciación, él como iluminado que era, tenía una percepción clara del camino que lo esperaba hasta

la quinta iniciación; y esta percepción clara no la tenía solamente por haber desarrollado su inteligencia y su intuición en amplio grado, sino también a causa del hecho de que, en la medida en que su situación de sujeto aún a prueba lo permitiera, estaba en contacto con seres suprahumanos (Maestros de Sabiduría) que le revelaban a través de mensajes verbales o visiones, el futuro posible para todo hijo de hombre que se reconociera a sí mismo como Hijo de Dios. En él, esas visiones, aunque varias no estaban efectivizadas todavía, eran, de hecho, una realidad, y como tal se las mostraban, pues sus maestros veían, desde el eterno Ahora –desde el que trabajaban y trabajan con el destino de los hombres–, las decisiones que él iba a tomar ante cada una de las alternativas futuras que enfrentaría. Y ellos sabían que él no fallaría. Por eso le mostraron y por eso él vio.

Las experiencias, luchas, problemas, expansiones de conciencia y realizaciones del hombre, hasta la quinta iniciación, son lo que le fue mostrado, y todo eso es lo que él, comprendiéndolo y sabiéndolo necesario como enseñanza para los hombres imperfectos y para su discípulo Filocasto –(Filo = Amor; Casto = Puro), Amor-Puro o Amante de la Pureza–, nos entrega en su "Santísima Trinosofía".

PRIMERA PARTE

(Figura 1, página 9)

La ilustración del comienzo del libro que corresponde a la primera parte describe, a grandes rasgos, las características de los trabajos, pruebas, sacrificios y revelaciones que tiene por delante el buscador; por eso hay doce recuadros a los costados de esta ilustración rodeando un círculo en el cual figura el nombre del manuscrito. Este círculo central es el trece, el punto central del zodíaco alrededor del cual giran simbólicamente las doce constelaciones, el sol en torno al cual dan vuelta los doce planetas, y el Cristo, centro sintetizador y armonizador de las energías de sus doce apóstoles. Esta función del trece está dada también en el Antiguo Testamento cuando Jacob, profetizando acerca de sus doce hijos, avizora el papel futuro de Efraím (el hijo más pequeño de José), como de enorme trascendencia, como recibiendo la parte mayor en la distribución de Canaán, la Tierra Prometida.

A partir de arriba y a la izquierda, siguiendo el sentido inverso a las agujas del reloj, tenemos: 1) el ave fénix, ave fabulosa que después de muerta renacía de sus cenizas; símbolo del alma, la cual, después de "morir" con cada personalidad, renace nuevamente en otro cuerpo. Símbolo también de los ciclos continuos de manifestación de la vida y la conciencia, los cuales constan de períodos alternados de actividad y descanso, vida y muerte, sueño y vigilia.

El discípulo debe aprender a ser como el ave fénix irguiéndose regenerado después de cada golpe y caída, aprendiendo de la adversidad y del dolor, y triunfando de

la muerte con la vida del alma. Por eso el ave fénix de esta ilustración aparece parada sobre una barca en forma de media luna, representando esta última la naturaleza animal inferior que debe ser subyugada por las fuerzas del alma para que la conciencia emerja triunfante por sobre la forma y el mundo de las apariencias. 2) Un árbol con frutos de oro y un cántaro o jarro. El árbol es el árbol de la vida, cuyos frutos de oro serán comidos cuando el hombre termine de digerir el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, el cual "comió" simbólicamente en el paraíso (cuando la caída de Adán y Eva) y que le abrió los ojos y le hizo conocer el bien y el mal, es decir, le despertó la chispa de la inteligencia, otorgándole libre albedrío y por lo tanto, responsabilidad consciente por sus actos ante la Ley. El Génesis dice que en la puerta del paraíso quedó un querubín con una espada llameante para guardar el camino al árbol de la vida que da la vida eterna. El cántaro contiene el agua virtual con la cual será ungido el elegido que sea acreedor a las manzanas de oro de las Hespérides por su valor y sus virtudes. Este cántaro es también el cántaro de Acuario, el aguador celeste, signo en el cual la humanidad será ungida con el agua del espíritu y despertada a las realidades espirituales para probar los frutos de la verdadera vida. 3) La gran pirámide, la cual, como todo ocultista sabe, es un mapa de las cinco iniciaciones que debe atravesar todo individuo para transformarse en un Cristo o Maestro de Sabiduría. Esta pirámide tiene sus cuatro lados de cuatro tonalidades que van del negro al blanco, pasando por dos gradaciones de gris, significando esta escala la purificación a la que debe ser sometido el cuaternario inferior para poder ser un vehículo adecuado del alma, el Hijo de Dios. 4) La esfinge, animal simbólico, que contiene en su cuerpo los cuatro animales sagrados de la Biblia: hombre, león, águila, toro; siendo éstos los cuatro elementos (tierra, agua, aire, fuego) de que constan todas las cosas visibles que hay en este mundo. El cuerpo de la Esfinge: Tauro = tierra; las alas = Escorpio o águila = agua;

las garras = Leo = fuego y la cabeza = Acuario o ser humano = aire. 5) El escrito hebreo en el ángulo inferior izquierdo contiene algunos de los primeros versos del Génesis: "Y la tierra no tenía forma, y estaba vacía, y había oscuridad en el fondo de las profundidades. Y el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas".

Esto describiría el caos pre-genésico del mundo y del universo antes de la manifestación, es decir, antes del pronunciamiento de la Palabra, del Verbo creador emitido por la boca de Dios que ordena el caos y penetra la materia, vitalizándola, armonizándola y concientizándola. 6) Un espejo, representando el mundo de la forma en el cual, al reflejarse las cosas del espíritu se invierten, pasando a ser izquierdo lo derecho, malo lo bueno, negro lo blanco, alto lo bajo, etc.; tal como ocurre en el cuerpo humano con el sistema nervioso, pues éste, que procede de la cabeza (el mundo de las esencias) cruza sus redes en el cuello, el cual representa el límite o plano divisorio entre el mundo del espíritu y el de la materia. 7) Este dibujo cuádruple contiene la palabra AB que es la raíz de Abba (padre), expresión que implica que quien la usa es un iniciado capaz de "crear" hijos espirituales y de "criarlos" y orientarlos hacia la verdad. El cuadriculado a la izquierda, indica las dualidades de luz y sombra, bien y mal, con las que debe trabajar el hombre en el mundo manifestado, y que forman parte del campo de batalla de la personalidad. La firma que hay abajo de este cuadriculado es la firma de Dios, vale decir, la autoafirmación o autodefinición de su identidad. Las líneas oblicuas paralelas pueden ser una descripción de los planos y subplanos que componen el universo y sus límites. 8) Las alas que abrazan al círculo son la representación del poder de trascender la materia y elevarse sobre las miserias del mundo que debe lograr el discípulo para llegar a ser un iniciado y poder abrazar con las alas de su ardiente aspiración y amor a la verdad, al círculo de lo ilimitado (el cero). 9) Las letras hebreas blancas, luminosas, en el círculo negro, es decir,

oscuro, sombrío, significan ÉL, el cual es uno de los nombres de Dios, especialmente del Dios creador. 10) Este dibujo nos muestra un aspirante a la iniciación ante un altar monolítico que representa al espíritu, al Uno primordial, a punto de arrodillarse, de prosternarse ante la gloria del Creador y vitalizador de todas las cosas, en gesto de humildad que hará de él un buscador sincero y con sentido común, capaz de, en base a un sentido correcto de las proporciones, adquirir la sabiduría para encontrar la luz en las tinieblas del mundo. 11) Este cuadriculado similar al de la parte de abajo del dibujo nos puede expresar también la relatividad de las cosas del mundo condicionado, en el que se mueve la personalidad; consta de cincuenta unidades romboidales (25 negras y 25 blancas) que, sumadas a los veinte cuadrados (10 negros y 10 blancos) del dibujo de abajo, nos dan setenta unidades (¿?), siete decenas o diez septenarios. Esta polaridad del blanco y el negro nos señala también el hecho de que el adecuado manejo y control de los pares de opuestos es uno de los pasos previos que debe cumplir imprescindiblemente todo aspirante a la iniciación. 12) El triángulo irradiante dentro del óvalo representa el ojo de Dios que todo lo ve, el ojo de Shiva, clarividente y que reúne en su conciencia, indivisible e incluyente, los tres aspectos de Voluntad-Amor-Inteligencia y, que con grandes esfuerzos, puede ser alcanzado por el buscador cuando éste cumple con la Ley; pues la Tríada o Gran Alma es el premio a que se hace acreedor el Gran Renunciador.

Análisis del Texto

Saint-Germain se identifica a sí mismo con Prometeo condenado, con Lucifer, el ángel caído del alto cielo al infierno, el mundo inferior de las pasiones y deseos animales.

Todo buscador de la verdad debe identificarse con el ángel caído pugnando por volver a su lugar de origen; y el Conde, en el momento de pasar el trance de su cautiverio, era un iluminado (un buda), que estaba pasando las pruebas previas

a su Crucifixión para poder, por medio de ellas, quemar el mal karma acumulado de vidas anteriores y, pagando así por "los pecados del mundo" (sus innumerables personalidades pasadas), poder llegar a ser un Cristo, es decir, un Maestro de Sabiduría.

La descripción de Saint-Germain es macrocósmica y microcósmica al mismo tiempo, pues describe, tanto el gran misterio de la caída de los ángeles, relacionado con el despertar de la chispa de la inteligencia en el hombre animal –hace cierta cantidad de años, cuando descendieron desde elevados niveles de conciencia y de vibración los Señores de la Llama, trayendo a la tierra la conciencia del "Yo Soy", y dando al hombre el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal– como también los propios sucesos de su individualidad, pues, por errores en la elección entre el bien y el mal en vidas previas, él debía en ese momento soportar tal Crucifixión.

El autor es sin duda el Abba, el padre, de su discípulo Filocasto, pues en un sentido espiritual la palabra "padre" significa Maestro, aquél que ayuda a nacer al Cristo Niño en el corazón de otro ser, y mediante su ejemplo y enseñanzas orienta al aspirante hacia la luz y la vida. Él procura, según su decir, ayudar a su hijo a encontrar el camino y prepararlo para las pruebas que deberán sobrevenirle antes de su Iluminación. Él le da instrucciones acerca de los vicios que deben ser extirpados y de las fallas de las que Filocasto, en particular –por sus tendencias inherentes conocidas por Saint-Germain–, debe cuidarse. En este caso, el peligro que amenaza a Filocasto es la indiscreción, la cual, al igual que el abuso de poder, es hija del orgullo y es observable en todo aspirante en sus comienzos, antes de haber transmutado su ansiedad en aspiración pura, y antes de haber logrado plena madurez y seguridad de sí. "No tirar margaritas (perlas) a los cerdos", dijo el Maestro de Galilea, pues el conocimiento da poder, y de la misma manera en que sólo un loco puede darle un arma

cargada a un niño o a un mono, también sólo un ebrio, tonto e inconsciente puede revelar indiscretamente las claves secretas que abren las puertas del cielo y de sus poderes, a alguien no preparado ni maduro para ello.

El primer capítulo está relacionado con el primer signo del zodíaco, Aries, y este signo rige la cabeza, siendo ésta la parte más importante y completa del cuerpo, la raíz con la cual se arraiga el ser humano al cielo. Todo ocultista sabe que la cabeza contiene en miniatura un pequeño cuerpo humano, pues en ella están repetidos, aunque en forma reducida, los siete centros de fuerza o chacras que se encuentran a lo largo de la columna vertebral. Por eso en este capítulo están anticipados embrionariamente los hechos que habrán de verse en detalle en los siguientes.

SEGUNDA PARTE

(Figura 2, página 15)

La ilustración de este capítulo nos muestra a un hombre inclinado observando el fondo de una copa o cáliz que está colocado sobre una mesa en la que reposa también una punta de lanza. En frente de él está parada una mujer cubierta hasta la cintura con un vestido negro y que, teniendo una vara en su mano derecha, la apoya sobre el hombro izquierdo (sobre la frente según el texto) del hombre. A mitad de camino del pie de la mesa se ve un rostro reflejado en un espejo. En la base de la mesa arde un fuego autoalimentado. Encima de la mujer, hay un rectángulo oscuro lleno de inscripciones, unido éste por medio de un ocho a una serie de rectángulos superpuestos sobre los cuales se asienta una corona. Arriba y a la derecha del dibujo se encuentra un círculo en cuyo interior hay algo que parece un corazón.

El hombre está desnudo porque esto significa que, para entrar al templo de Dios, uno debe despojarse de todo lo superfluo, lo exterior y vano, y permanecer así, sólo con lo que se es y se posee interiormente, frente a la Madre Materia, para hacerse acreedor a su consagración, a su iniciación en los misterios efectuada a través de la vara o cetro de poder que maneja Isis con su mano derecha. El espejo, en el cual se ve el rostro de un hombre, es en realidad el fondo de la copa en el cual se refleja su rostro, y como la copa es la materia, el receptáculo del espíritu, esto nos indica que el hombre debe aprender a mirarse en el fondo de sí mismo, de su misma copa, con sinceridad y humildad, para poder merecer la atención

de Isis. Sólo ante el hombre puro, el buscador sincero, Isis se quitará sus vestiduras. Este mirarse con claridad a sí mismo, representa sólo el comienzo del camino, pero un comienzo firme y promisorio, ya que, como dice un proverbio chino: "Un camino de mil leguas comienza con un paso".

El fuego que arde en la base de la mesa es la vida misma que está presente en todas las cosas y no necesita de la forma para existir, pues existe por sí misma y es la base de todo lo existente, así como la llama de esta hoguera es la base de todos los elementos de esta ilustración y es, asimismo, la esencia de todo.

Arriba hay siete rectángulos que representan los siete principios de que consta la naturaleza humana (cuerpo físico denso, cuerpo etérico, prana, kama o cuerpo emocional, manas o mente, budi o amor-intuición y atma o voluntad espiritual). La corona que se asienta sobre ellos es la mónada o espíritu. El rectángulo negro que está sobre Isis es ella misma, el cuerpo físico, la materia densa que tienta al alma, al Hijo de Dios, y lo hace caer, pero que, sin embargo, gracias a sus misterios y su poder, lo eleva después a las más altas cumbres de la realización cuando el hombre sabe asimilar las experiencias que ella le brinda y se une a ella con amor. Por eso los rectángulos que se yerguen sobre la figura del hombre están unidos al rectángulo que está sobre la mujer, mediante un ocho que representa el vínculo del amor que debe unir al hombre a la materia para que ésta pueda ser regenerada y redimida. Arriba de todo, el corazón en el interior del círculo es la representación del amor sagrado y sublime que debe unir a los pares de opuestos. Este amor se asienta en el centro del corazón, lugar en donde el alma se fija al cuerpo humano para infundirle el aspecto vida (fijándose también al cerebro para infundir el aspecto conciencia, siendo este último el punto que es bloqueado y dormido por los hechiceros haitianos para crear zombis, "hombres sin alma"), asiento del cuerpo causal, simbolizado por el círculo interior dentro del corazón.

El corazón en la parte superior de la ilustración y la hoguera en su parte inferior, son una misma cosa, el alfa y el omega, el principio y el fin de todas las cosas.

La punta de lanza es el aspecto masculino, el hierro, el poder penetrador de la voluntad, la resistencia y fortaleza viril que debe unirse a la vara de madera, la flexibilidad, adaptabilidad femenina, que permite que la fuerza pueda actuar.

La mesa es el círculo del mundo de lo relativo, en el que el hombre evoluciona.

Análisis del Texto

Aquí comienza la iniciación del candidato simbólico. El aspirante se presenta en el sitio designado, con una rama de muérdago en la mano y la cabeza cubierta con un velo de lino. El muérdago es la planta sagrada de los druidas, los antiguos sacerdotes celtas. Es una planta parásita que crece sobre algunos árboles, tales como el manzano y la encina. Representa al espíritu del hombre. Su yo superior y eterno que extrae de la personalidad y de sus hechos la quinta esencia necesaria para progresar en conciencia y comprensión. El muérdago es de color amarillo y se dice que despide luz en la oscuridad, de la misma manera que el alma irradia la luz de la sabiduría sobre la oscuridad del mundo material.

El hecho de llevar una rama de muérdago en la mano y de ponerla sobre el altar para entregarla al fuego purificador es signo de que el discípulo comienza su sendero con una entrega total de su propia alma, sacrificando su yo en el altar del Uno. El velo blanco con el que cubre su cabeza es indicio de que el aspirante a los misterios ha decidido renunciar a los estímulos sensoriales (simbolizados por el cabello) y a cubrir los sentidos con la pureza de una aspiración a lo sutil, a lo intangible, a lo suprasensorial. El discípulo equilibrado "vela" las cosas del mundo material para poder dedicar sus energías a lo trascendente, a lo causal.

El volcán que sirve de marco a la experiencia iniciática es muy significativo; simboliza la unión creadora de los polos, del espíritu y la materia, pues un volcán contiene un orificio, el cráter, el cual es símbolo del aspecto femenino, del anillo, del receptáculo, el espacio contenedor y de un monte, cuya forma puntiaguda de reminiscencias fálicas representa el aspecto masculino, la energía penetrante y vivificadora del espíritu. La unión de ambos principios produce la erupción. El volcán es el templo, la cámara nupcial donde se unen los amantes eternos en un abrazo cósmico. Las grandes erupciones volcánicas marcan una época en los planos internos, pues los volcanes no entran en erupción sólo por procesos de índole puramente física, sino que su actividad está relacionada con ciertas condiciones síquicas de la humanidad o de ciertos pueblos con los cuales estos volcanes están relacionados. La erupción del Vesubio el 24 de agosto del año 79 d. C. y la del Krakatoa el 27 de agosto de 1883 son ejemplos muy claros sobre este punto acerca del cual no es posible ni conveniente revelar mucho todavía. Recordemos también que el volcán establece una conexión entre el mundo exterior y el interior de las profundidades de la tierra; por medio de él es posible penetrar al fondo de las cosas donde yace la energía que las determina y vitaliza.

El ascenso de kundalini a través del canal en el centro de la columna (el shushuma) y su irrupción y salida a través del brahmarandra (el orificio en la fontanela por donde ingresa el espíritu en el cuerpo en el tercer mes y por donde sale el yogui en sus éxtasis y en el momento de la iluminación, ¿qué son sino una erupción microcósmica como resultado de la fusión de las fuerzas negativas de la personalidad, concentradas en el centro del entrecejo o glándula pituitaria, y de las fuerzas positivas del alma, concentradas en el centro coronario o glándula pineal, produciendo a través de su interacción la luz del Ojo (el tercer ojo) y el ascenso de la personalidad transfigurada a la presencia del Hijo de Dios, el alma?

El altar triangular en el cuál el aspirante coloca su ofrenda es su triple personalidad (cuerpos físico, emocional y mental).

Las palabras de invocación son el llamado en la puerta del Altísimo ante quien, habiendo cumplido los requisitos de la Ley, se presenta al personaje. La llamada es oída, la ofrenda aceptada, y la puerta se abre, conduciendo al que llama a un estado de conciencia superior, en el cual comienza a "Ver". Penetra en un túnel subterráneo, en el cual se viste de blanco, es decir, de virtud y pureza, y provisto de una lámpara, la incipiente sabiduría, comienza su recorrido. El estrecho camino tiene tres millas de largo, queriendo decir con ello que son tres las entidades involucradas en este relato (Cuerpo, Alma, Espíritu). El camino es estrecho y de paredes revestidas de mármol negro porque el camino de los salvadores del mundo que lleva a la vida es estrecho, difícil y bordeado de precipicios y de las fuerzas de la oscuridad, que buscan apartar al discípulo del sendero correcto para extraviarlo y perderlo.

En ese camino el discípulo encuentra un objeto irreal, un espejismo, al que inmediatamente reconoce como tal, mostrando con eso que su conciencia se estaba agudizando y clarificando. Con fe en sí mismo y entregado a un Ahora de verdad, continúa su marcha hasta llegar a un templo cuadrangular, en el centro del cual hay una piedra cúbica. Esta piedra cúbica es el símbolo del Cristo, del hombre perfecto posible que está potencialmente en todos, y cuya conciencia mora permanentemente en la cuarta dimensión, la del tiempo eterno, la del amor y la intuición. El Cristo perfecto ha pasado cinco iniciaciones, simbolizadas en la estrella de cinco puntas que brilla en el centro del cubo, en las cinco heridas de Jesús de Nazaret (las dos de las muñecas, las dos de los pies y la del pecho, con la cual se completa el proceso, a fin de que el iniciado pueda ascender de la muerte, liberarse a través del vértice central, de la tensión y oposición de los extremos).

En el lado norte, el Conde ve las imágenes que figuran en la ilustración ya analizada anteriormente, y que es la nota clave del segundo capítulo. El hecho de que el Conde entre por la puerta norte (el brahmarandra) en el templo cuadrangular (el cuaternario inferior: cuerpo físico, doble etérico, prana y kama o cuerpo de emociones) y de que, luego, salga por la puerta occidental, indica que efectuó un movimiento en forma opuesta las agujas del reloj, es decir, como el de la *svástica* levógira 卐, la cual indica el movimiento del discípulo, la marcha consciente a través del tiempo y del espacio, sin dejarse llevar de aquí para allá por el tiempo condicionado, simbolizado por la *svástica* dextrógira 卍, que indica el camino del rebaño, el de la corriente del *sansara*, el del mundo inconsciente y ciego, porque el discípulo rompe el condicionamiento del tiempo por medio de la voluntad y la conciencia. Vale decir, que con este giro mágico, el hombre comienza realmente a ser; pudiendo analizarse esta elección de las puertas y este cambio de color, ya sea como una elevación de la conciencia material –representada por el color negro–, hacia la conciencia del alma –representada por el color blanco–; como también el descenso de la fuerza del espíritu –representado por el color negro– (las tinieblas del caos material se repiten en una vuelta más elevada de la espiral evolutiva, en las tinieblas del absoluto, de lo indiscernible, del espíritu), hacia los niveles del alma, para despertarla y liberarla de la prisión de la materia.

Recordemos que el segundo signo que debe recorrer el discípulo, y que marca el segundo trabajo de Hércules y el segundo capítulo de esta obra, es el de Tauro, y éste rige el cuello del hombre. El toro arremete hacia el blanco que tiene por delante, y el aspirante del relato arremete asimismo por la puerta blanca en seguimiento de su estrella, su alma, la voz de su conciencia.

TERCERA PARTE

(Figura 3, página 21)

Dentro de un círculo hay dos leones descansando sobre nubes: uno negro y el otro rojo. Uno de los leones tiene ciertos caracteres en uno de sus flancos. Encima y en medio de ambos, hay una corona. Debajo del círculo hay un panel con letras griegas, encima del círculo hay otro con caracteres extraños e indescifrables (para los traductores de esta versión). Debajo del panel inferior, hay un arco listo para ser usado. A ambos lados del círculo hay dos flechas.

En esta ilustración hay trece elementos: 2 leones + 2 flechas + 1 arco + 2 paneles + 3 inscripciones + 1 círculo + 1 corona + 1 grupo de nubes. (¿?).

La corona tiene (es de suponerse) doce puntas, pues habiendo seis visibles en su parte frontal, debe tener otras seis en su parte trasera.

Los dos leones representaban el deseo de poder (el negro), y la lujuria (el rojo), y ambos guardan relación con los enemigos sobre los cuales previene Saint-Germain a sus discípulos en el primer capítulo, el abuso de poder y la indiscreción. Ambos deben su existencia al orgullo, y éste nace de la ilusión de la existencia del yo inferior que hace al hombre apegarse a las cosas, y hace nacer en él el deseo de poseer. Ambos están encerrados en el círculo de hierro del yo inferior, el cual debe ser vencido y controlado por el yo superior.

Para matar a estos leones hay un arco listo en la base de todo el esquema, y este arco es la voluntad de ser, la cual,

usando las flechas de la decisión conscientemente asumida de triunfar, debe eliminar a los enemigos de la dignidad. La dignidad es la corona (kether), para llegar a la cual se debe aniquilar a las fieras que pervierten el poder de crear y de dominar que tiene el hombre de una manera especial por sobre todos los animales. El león es el símbolo de la nobleza, de la majestad y del poder. Pero éstos pueden, sin lugar a dudas, pervertirse, cuando se los comprende y considera únicamente desde el punto de vista de la forma, de la materia, del yo separado y del poder temporal y mundano.

Este tercer capítulo está relacionado con el tercer signo del zodíaco, el de Géminis, los gemelos, y en la ilustración que estamos analizando hay dos pares de gemelos, los leones y las flechas.

Las nubes sobre las que se asientan los leones representan la insustancialidad de las pasiones que surgen en el yo inferior.

Análisis del Texto

Nuestro personaje había comenzado su impulso regenerador en el capítulo anterior, penetrando al interior de la tierra; en esta parte del relato se ve enfrentado al agua. Las enseñanzas ocultas nos dicen que la iniciación de la tierra o del desierto es la primera (el control del cuerpo físico); la del agua es la segunda iniciación (control del cuerpo emocional); las de la montaña son la tercera y cuarta (control del cuerpo mental inferior y del superior); y la del féretro, la quinta (control del cuerpo búdico). Un manuscrito iniciático describe el encuentro de un discípulo con su iniciador después de haber recorrido las tres primeras etapas de la siguiente manera:

"Mírame, he atravesado desiertos para no perderte,
para llegar hasta ti he pasado por mares salobres y
volubles,

por un infinito de nostalgia y de grandeza
a donde nunca podré llegar,
porque me cierras el paso.
Barrera infernal y despiadada,
ahora que estoy ante ti ya no te temo,
elige la condenación que regirá mi espasmo,
soy el vértice movible por tu totalidad".

El agua que el personaje del relato debe atravesar es el mar de las pasiones, las cuales, como las aguas salobres del mar, dan más sed a medida que se las bebe, trayendo desorden a los sentidos, confusión a la mente y un deseo inextinguible y siempre renovado.

El aspirante a los misterios debe "matar" simbólicamente sus pasiones, sólo simbólicamente, porque en realidad no se debe dejar de experimentar emociones, sino purificarlas, sentir emociones puras en vez de las impuras a las que estuvo acostumbrado durante tanto tiempo. Transmutar, por una operación de alquimia subjetiva superior, las emociones relacionadas con el yo inferior, lo grosero y lo transitorio, en aquellas que inducen a la conciencia a ir en pos de lo trascendente, lo universal, lo sutil y lo puro. El odio debe ser transmutado en amor y en rechazo a lo maligno, a lo que obnubila la conciencia y vuelve caótico el comportamiento. La envidia debe ser transmutada en admiración, lo cual permite que el hombre sea impelido hacia el objeto de su admiración y termine pareciéndose a él en los valores esenciales y realizándose de acuerdo a sus propias características. La lástima sentida en forma superficial, y que hace obrar a menudo tontamente a quienes la experimentan, debe ser reemplazada por una compasión omnicomprensiva que haga del hombre un instrumento de la justicia, capaz de obrar con rectitud y firmeza en todas las circunstancias en que sea necesario, sin dejarse llevar por sentimentalismos personales que enturbien su visión de los hechos y de la realidad.

Con la lámpara del discernimiento sobre la cima de su cabeza, avanza resuelto el aspirante a través de las olas del mar del mundo, enfrentado a pasiones brutales que desde el fondo de sus vísceras lo incitan a dejarse llevar por los instintos y los impulsos destructores del yo inferior. El hombre persiste confiado en la ayuda divina, aunque cada vez enfrentado a tensiones mayores, hasta que de pronto aparece ante él un individuo en una barca ofreciéndole su ayuda salvadora; él ve que el individuo que lleva una corona de oro y que se llama a sí mismo el primero en el mundo es, en realidad, el rey del mundo inferior, o sea, Satán, y que ofrece llevarlo a buen puerto, proa hacia el pasado, la orilla desde la cual había partido.

El tentador que se presenta ante nuestro personaje es el mismo que se presentó ante Jesús cuando oraba en el desierto, ofreciéndole todos los reinos del mundo; y es el mismo que se presentó ante Gautama antes de su Iluminación, ofreciéndole todo el oro y los deleites de la forma. Todo aspirante en los umbrales de la divinidad (la Iluminación) enfrenta al gran tentador, el cual no es otro que su propio yo inferior armado de todas las sutilezas y artilugios que sólo él conoce como los más adecuados para hacer tropezar al buscador y llevarlo de regreso al mundo de la forma, pero esta vez como un rey, como uno de los poderosos, porque habiendo pasado las dos primeras iniciaciones ha adquirido enorme poder sobre sus naturalezas física y emocional, y por lo tanto, sobre las de los demás. Ceder en este momento significaría para el discípulo entrar al sendero de los Hermanos de la Izquierda y llegar a ser un Adepto de la magia negra, un Anticristo. Los Anticristos al igual que los Cristos deben pasar por las dos primeras iniciaciones y sólo entonces se produce la bifurcación de los caminos, luego que el gran tentador aparece y enfrenta al aspirante con sus dos sí, el sí mismo que conduce a la luz, y el que conduce a las tinieblas. Afirmar en ese momento al Dios Uno, a la verdad, a la luz, produce en él un nuevo vigor,

y lo capacita para cruzar al otro lado del mar del deseo y para liberarse de la esclavitud de la materia. Luego de cruzar ese mar, vemos que el personaje encuentra un muro de plata (símbolo de la luna, del mundo material) en el cual se hallan descritos los elementos que conforman la ilustración sobre la que hemos hablado al comienzo del capítulo. Luego esta visión desaparece y...

CUARTA PARTE

(Figura 4, página 25)

Una serpiente alada enroscada (con doce vueltas) alrededor de una lanza que sirve de soporte a una copa. A su derecha hay una espada con la punta hacia abajo, y arriba de todo el cuadro hay un panel con inscripciones en caracteres antiguos.

La lanza es la columna vertebral cuya punta es el coxis, el hueso en la base de la columna. Allí está ubicado el chakra o centro síquico, en el cual yace dormida kundalini, la energía fundamental de la materia. Kundalini es llamada en Oriente la reina serpiente, la cual está enroscada y en forma potencial en todos los hombres no iluminados. Cuando el hombre recibe la tercera iniciación, adquiere el derecho de hacer elevar a la serpiente dormida para que ascienda a lo largo del canal interior de la columna vertebral, el shushuma; y cuando kundalini llega a la cima de su cabeza y sale por el brahmarandra, se derrama sobre el centro coronario llenando la copa de la inmortalidad que contiene el agua de la vida. Esa es la serpiente curadora que alzó Moisés en el desierto y que curaba a todos los que la miraban de las mordeduras de las serpientes de fuego que se arrastraban. La serpiente voladora es la fuerza regenerada del sexo y de todas las energías que el hombre pervierte por un uso inadecuado. El hombre debe matar la serpiente del yo inferior con la espada del discernimiento pues, como dice Shankaracharia en su Vivekachudamani:

"El tesoro de la bienaventuranza del Eterno está guardado por la terrible serpiente del yo inferior, muy poderosa,

que envuelve al Yo con tres fieras cabezas –las tres potencias de la naturaleza: materia, pasión y oscuridad–. Cortando estas tres cabezas con la poderosa espada del discernimiento, guiado por las divinas enseñanzas, y destruyendo a la serpiente, el hombre sabio puede penetrar en ese tesoro proveedor de alegría. Mientras haya siquiera un rastro de veneno en el cuerpo, ¿cómo puede haber liberación de la enfermedad? Exactamente del mismo modo, no existe liberación para aquél que busca la unión, mientras dura el yo inferior".

Es necesario tener en cuenta que hay dos serpientes. La mala y la buena. La serpiente buena es el símbolo de la sabiduría, del Hijo de Dios, del Cristo, por eso Jesús dijo: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que sea levantado el Hijo del Hombre". La mala serpiente es la fuerza indómita de las pasiones y también, y en una forma especial, el conocimiento oculto mal empleado, usado para beneficio de la personalidad, en detrimento de la evolución y de los valores del espíritu; y por lo tanto, los Adeptos de la magia negra.

La copa en donde se "derrama" kundalini es el cráneo del hombre.

La columna vertebral tiene generalmente treinta y tres o treinta y cuatro vértebras. Cristo "murió", se dice, a los treinta y tres años, y el rito escocés de la masonería consta de treinta y tres grados. Si consideramos, como hacen algunos estudiosos, a la cabeza como una vértebra transformada, tenemos treinta y cuatro o treinta y cinco vértebras en la columna; y treinta y cinco es el número simbólico de la Iluminación.

Desde la antigüedad, en muchos pueblos, se les ha llamado serpientes a los grandes Iniciados. Ellos son los Nagas, de la mitología hindú. En los Puranas se dice que Arjuna (el blanco) viajó al Patala (el infierno, América) y se casó allí con Ulupi, la hija de Kauravya, el rey de los Nagas.

La reina serpiente es la tierra.

El hombre que hace elevar a la serpiente inferior, y de ser que se arrastra la transforma en volador, adquiere el poder de curar a los hombres del mal del deseo y de la ignorancia. De allí también el símbolo serpentino de Esculapio, dios de la Medicina, sanador y resucitador, hijo de Apolo.

El hombre debe armarse de la espada aguda de la inteligencia y con ella vencer a la mala serpiente para que entonces la buena, el aspecto luminoso y espiritual de su naturaleza, pueda asumir el control de su vida.

Es muy significativo que la espada con pomo tenga forma de cruz ansara. Acerca del significado de este símbolo ya hablaremos más adelante.

La copa o cáliz es el cuerpo causal, receptáculo o vehículo del alma en los tres planos inferiores de la manifestación. En la Iluminación, luego del ascenso de kundalini, la flor de loto del alma en el cuerpo causal comienza su proceso de apertura, el que termina en la quinta iniciación, después que la rosa es clavada en la cruz.

La serpiente es también el símbolo de la eternidad, y asimismo del gran ciclo o año sideral de 25 920 años (aproximadamente), llamado precesión de los equinoccios, dividido en doce períodos de 2160 años, en cada uno de los cuales la tierra (y la humanidad con ella) pasa por un signo zodiacal.

Análisis del Texto

El discípulo camina en un mar de fuego en cuyo centro ve el altar en forma de serpiente. En la sala en la que él se encuentra hay cuarenta columnas y son cuarenta los años que pasan los hijos de Israel en el desierto antes de entrar a la Tierra Prometida, expuestos a las serpientes de fuego. Un lado de las columnas brillaba iluminado con un fuego blanco, y el otro con un fuego negruzco, es decir, con humo. Esta es una indicación de las dos formas en que puede ser usada la

energía que sostiene las estructuras y fundamentos del mundo. El fuego blanco son las emociones amorizadas y guiadas con la clara luz de la inteligencia, y el fuego lleno de humo son los deseos desordenados en los cuales arde la casa del yo desde tiempos inmemoriales. El fuego blanco es la emoción y la mente puras. El fuego negro es la energía subjetiva corrompida y degradada.

Hablando en un sentido estricto, el fuego es la energía de las cosas, no de las cosas de un plano en especial, sino de todos los planos, vale decir, su aspecto esencial y vital en contraposición al aparencial. El fuego se manifiesta a través de movimiento, calor y luz. Hay tres clases de fuego: el eléctrico (espiritual), el solar (correspondiente a la mente o al alma), y el fuego por fricción (correspondiente a la materia o a la personalidad).

Aquél que controla los dieciocho fuegos de la personalidad (los siete subplanos del plano físico, de los cuales están constituidos sus cuerpos etérico y físico denso; los siete subplanos del plano astral o emocional, de que consta su cuerpo astral y los cuatro subplanos de que consta su mente inferior) y los somete a la voluntad del alma, eleva a la serpiente que se arrastra, transformándola en voladora, en buscadora de la luz y el aire puro de las alturas.

En el centro de esa sala ve el altar en forma de serpiente descripto en la ilustración ya analizada.

La serpiente es de bronce y este hecho es muy significativo. El bronce es un metal mixto, compuesto de dos metales simples, el cobre y el estaño, como indicándonos con esto la dualidad de la materia, en sus posibilidades.

Una voz le dice que se acerca el fin de sus trabajos, que tome la espada que está clavada en tierra cerca de la serpiente y que golpee a ésta. Luego de golpearla, él es levantado por los aires, pasando a través de la bóveda de la sala que se abre para darle paso.

Esta descripción de los sucesos nos muestra que el personaje es, en realidad, la misma serpiente a quien golpea y

que, luego de ser golpeada, adquiere alas y se eleva a través de la bóveda (el cráneo) hacia la luz del día. La serpiente descripta en el texto no tiene alas, pero sí la de la ilustración. Eso se debe al hecho de que la serpiente adquiere alas sólo una vez que ha sido golpeada con la espada del discernimiento y de la determinación de vencer. Una vez que la inteligencia del discípulo se ha vuelto clara y funciona libre, apoyada en una vida virtuosa que le permite expresarse en plenitud, esta misma inteligencia disipará todos los monstruos de pesadilla que se presentarán a su mente y sus emociones, procurando desviarlo del camino recto o dañarlo. De ahí que la sola vista de su espada ahuyente a esas hidras y serpientes que querían frustrar el vuelo del elegido.

El golpe en la cabeza de la serpiente sonó como una campana, porque ése es el sonido que emite el chakra anahata (el del corazón), en donde está asentada el alma en su aspecto vida, es decir, el Hijo de Dios, al sintonizarse el discípulo con su frecuencia por medio de un acto exacto, un sentimiento adecuado, un pensamiento justo o una decisión correcta. Cada vez que un discípulo anhelante emite un llamado sincero o produce un movimiento perfectamente ajustado a la Ley, a la Verdad, recibe una respuesta.

QUINTA PARTE

(Figura 5, página 29)

Esta ilustración nos muestra cuatro paneles con mensajes cifrados rodeando tres elementos: un pájaro, un altar de fuego y un candelero.

El pájaro que se muestra elevado encima del altar de fuego es un ibis, el ave sagrada de los egipcios, asociada a menudo con Thoth, el dios de la sabiduría. El ibis, además de la sabiduría, simbolizaba el discernimiento y la pureza. Las alas negras de este animal, representan las tinieblas primitivas o el caos, y su forma triangular un símbolo del misterio de la trinidad.

Los egipcios creían que el ibis se alimentaba de reptiles, y por lo tanto, veían en él a un representante de las fuerzas benéficas y purificadoras de la naturaleza. A Thoth se le representa con cabeza de ibis, de manera que son, en realidad, personajes intercambiables.

La sabiduría a la que representa Thoth es la inteligencia osirificada o amorizada. Es la inteligencia dirigida hacia lo alto y hecha funcionar en un sentido espiritual. En la imagen analizada aparece con una rama de acacia (el símbolo francmasón de la pureza, la inmortalidad y la iniciación) en la boca. Thoth es una divinidad sicopómpica, es decir, conductora de almas en el más allá.

En esta ilustración, el ibis volando encima del altar de fuego sugiere un ave fénix, renaciendo de sus cenizas y trayéndonos en su boca (en su palabra) la inmortalidad (las verdades que nos conducen a la Verdad, a la perfección, a la eternidad).

El fuego del altar en donde todo, aun la propia vida, debe ser sacrificado, es la ardiente aspiración, es decir, el anhelo o la sed inextinguible de perfección, el amor a la Verdad que debe ser superior a todo otro amor, antes de que la puerta pueda abrirse.

El discípulo debe aprender a amar lo permanente, a ordenar toda su vida en base a valores reales, debe renunciar a todo lo demás que posee, a todo aquello que no colabora en su camino de redención, aunque le duela, aunque haya vivido acompañado de esas cosas durante siglos, y aunque ellas le proporcionen enorme placer. Esas son las ofrendas que debe quemar el aspirante a la verdad, en el fuego del sacrificio.

La ley del sacrificio rige la evolución de todo en el universo. Siempre debe sacrificarse una cosa para que otra pueda vivir y realizarse. Aunque esta ley rige para la materia, el alma y el espíritu, ésta es la ley del desarrollo del espíritu por excelencia.

A medida que progresa en el sendero, el discípulo aprende que para crecer es necesario darse a los demás, y mientras uno más se entrega a los demás, más crece en amor, sabiduría y virtudes, lo cual hace de él, el primer receptor de esta dádiva suya.

Por un acto de sacrificio, el espíritu universal se une a la materia cósmica. Por un acto de sacrificio, el Logos Solar forma un sistema solar y encarna en él, al igual que hacen los Logos Planetarios con sus planetas respectivos. Por un acto de sacrificio, los Maestros de Sabiduría permanecen en el mundo derramando sus dones por doquier sobre quien los necesita y se hace acreedor a ellos. Y por actos de sacrificio, los hombres progresan en dirección al Ser y ayudan a progresar a los reinos inferiores. El hombre debe entregar todo a la causa única, para que a través de esta entrega pueda "resucitar" lo que, por otro lado, no es más que el simple encuentro de sí mismo, de su verdadera identidad.

El candelero que completa la escena tiene una base formada de dos serpientes entrelazadas, y en su parte superior un receptáculo para el cirio en forma de flor de loto.

Las serpientes entrelazadas nos sugieren el caduceo de Thoth, Hermes o Mercurio, el dios de la sabiduría. Este caduceo tiene varios significados según lo analicemos desde el punto de vista metafísico, sicológico, fisiológico, etc.

Desde el punto de vista cósmico, simboliza la caída del alma en la materialidad a través del sendero involutivo, mediante el cual la chispa vital se sumerge en las profundidades del mundo material a fin de tomar contacto con su par opuesto y adquirir autoconciencia, comprensión, maduración y desarrollo propio y voluntario de sí y de todas sus potencialidades y posibilidades. Una de las serpientes es el sendero de descenso o involución, la otra es el sendero de ascenso, evolución o retorno a la fuente primordial.

En un sentido sicológico representa la sabiduría porque encierra en sí mismo la armonía de los contrarios, el equilibrio, la complementación.

La inteligencia de Hermes y el amor de Afrodita deben unirse, y a través de esta unión engendrar la sabiduría, la luz. El beso de ambas serpientes, la de la materia u oscuridad y la del espíritu o sol negro, engendrará el cirio que refulge entre ambas, el alma, el Cristo.

En un sentido físico, el caduceo es la representación de las dos corrientes energéticas que circulan por el cuerpo; ida, la lunar (o negativa) y pingala, la solar (o positiva). Ambas corrientes circulan por dos canales a lo largo de la columna vertebral y deben ser unidas, armonizadas e integradas a través del canal central neutro, llamado shushuma. Cuando esto sucede, el hombre es una fuente de luz, un "Lucifer" (portador de luz) y puede alumbrar el camino de los demás para que no tropiecen.

La vela que surge del loto es la claridad que surge del alma, de la conciencia, cuando el hombre se ha iluminado y se le ha abierto el loto del cuerpo causal.

El loto ha sido, desde la más remota antigüedad, una planta sagrada en Egipto e India; es, al igual que el cáliz, la matriz de la naturaleza. Es también símbolo del renacimiento de la vida y de la resurrección. Horus, el sol naciente, es representado saliendo del cáliz de esta flor. El hecho de que crezca en los pantanos, en medio del lodo, y produzca flores inmensamente bellas fue siempre motivo de asombro para los antiguos. De la misma manera, el alma, a pesar de sumergirse en el fango del mundo y experimentar a través de sus emisarios o personajes (las personalidades sucesivas por medio de las cuales encarna) vivencias de una intensa negatividad, sabe surgir limpia, radiante, libre y enriquecida en poder y sabiduría. Y mientras más profundas son sus caídas y más densos los niveles con los cuales toma contacto, más elevadas serán las alturas a las que ascienda y más sutiles las vestiduras con las que se cubrirá en ellas.

Análisis del Texto

En este capítulo, el personaje es llevado por los aires, y en medio del desierto distingue las pirámides, símbolos de las altas iniciaciones. Esto significa que, trasladada la conciencia del discípulo a un estrato muy elevado de comprensión, él puede distinguir en el mundo sólo unos pocos individuos realizados (las pirámides), todo el resto es vacío y hueco, seres que vegetan, que hacen y se mueven sin saber para qué hacen y se mueven. Ese es el desierto del mundo en el cual deben sufrir tantos buscadores sinceros.

En determinado momento el discípulo siente temor, y esto solo hace que su guía lo suelte y lo deje caer en el abismo; pero antes de tocar el suelo y estrellarse, lo toma de nuevo, lo eleva, y lo vuelve a dejar caer para elevarlo nuevamente. Estos hechos son una muestra de por qué el discípulo debe tener confianza en sí mismo y en la ayuda de los seres superiores,

pues a aquél que es sincero y que busca la verdad nunca lo dejarán "morir". El discípulo podrá tener altibajos en sus estados de conciencia, podrá tener errores y tropiezos y podrá caer a causa de la necesidad de tener ciertas experiencias de orden sensorial o perceptivo, pero jamás podrá extraviarse si es auténtico y se entrega de lleno a su protector. Una de las cualidades que es necesario reunir es la del valor; lo cual no significa no temer, sino sobreponerse al temor y actuar decididamente a pesar de él. Los que carecen de miedo son locos o inconscientes, o son seres realizados de conciencia nirvánica (Cristos). Los seres que buscan la perfección de su alma sin haberla alcanzado todavía experimentan el miedo porque éste es una reacción natural de los cuerpos de su personalidad, los cuales, hasta cierto punto, los condicionan. Lo importante es que, más allá de cualquier grado de temor o terror que pueda sentirse, permanezca la seguridad interior, la confianza en la fuerza de la verdad y la determinación de cumplir con la ley.

La túnica estrellada es símbolo de la universalización de la conciencia del discípulo, como resultas de esta experiencia y su asimilación; ahora él ya no piensa en términos separatistas de yo y tú, ni en una forma limitada por barreras de índole ideológica, política o geográfica, sino que reconoce que su patria es el universo infinito, y que nada puede ahora hacerlo identificar con las partes mezquinas del Gran Todo.

Luego el personaje pierde la conciencia y ve los elementos ya descritos en la ilustración correspondiente.

En estos elementos es muy interesante la descripción cuádruple del ibis según sus colores, por lo que éste viene a ser un ser que simboliza y contiene en sí los cuatro elementos alquímicamente ordenados y combinados. Las patas negras, la tierra; el cuerpo plateado, el agua; la cabeza roja, el fuego; el cuello dorado, el aire. En esta ave sabia se realiza la Gran Obra, la transmutación de lo grosero en lo sutil, del plomo carente de valor que son las fuerzas incontroladas de

la personalidad, en el oro valioso de una personalidad transfigurada por medio del fuego del alma, o sea, el fuego solar del Hijo de Dios transmutando la materia bruta del hombre material.

El quinto signo es el de Leo, que corresponde al corazón, el ara donde todo ha de ser sacrificado en honor del Todo.

SEXTA PARTE

(Figura 6, página 33)

En esta ilustración vemos lo que Saint-Germain describe como un altar triangular compuesto de los cuatro elementos, en cuyos tres ángulos superiores están colocados los tres elementos del dibujo anterior: el pájaro, el altar y la antorcha. Encima de todos ellos hay un ankh.

El altar triangular es el mismo hombre con sus tres puntas de: cuerpo (sal), alma (mercurio) y espíritu (azufre). Su cuerpo, aquello a través de lo cual actúa en los tres mundos (planos físico, emocional y mental), está formado de los cuatro elementos.

El altar, el candelero y el ibis, colocados triangularmente, representan en este caso a los tres aspectos o partes de un mismo ser humano: cuerpo, alma y espíritu respectivamente.

El ankh, que está en la parte superior del cuadro, es un antiguo símbolo egipcio que representa la inmortalidad. En rigor, la línea vertical que expresa la vida (la posición de un hombre parado), es más larga que la horizontal, la de la muerte (la posición de un hombre acostado); y este predominio de la línea vertical sobre la horizontal viene a significar el triunfo de la vida sobre la muerte, lo cual trae la vida eterna, puesto que la muerte no condiciona ya más a la actividad y a la conciencia. El extremo superior de la línea vertical está coronado con un círculo que representa el infinito en el cual penetra la conciencia del iniciado luego de triunfar sobre la muerte.

Es notable que en esta ilustración el ankh difiere del tradicional, en el hecho de que la cruz es de brazos iguales, queriendo expresar tal vez la cruz panteísta de Dios en todo (en la naturaleza), es decir, el espíritu (la cruz) penetrando y actuando en la materia, el espacio (el círculo), sólo que al no estar aún la cruz dentro del círculo, sería esto el indicio de una situación pre-genésica, de un proyecto, de un proceso no completado todavía.

La cruz *svástica* es de significación similar a la de la cruz inscripta en el círculo, sólo que aquélla, por tener espacios vacíos en su circunferencia, nos sugiere la actividad, el desarrollo, el movimiento de las plenitudes en dirección de los vacíos. La cruz *svástica* representa la unión activa del espíritu con la materia para producir el fuego solar, el hijo.

Análisis del Texto

El discípulo penetra aquí en el mundo de las causas (el palacio), pues ya ha pasado la Iluminación y está en los umbrales de la Cristalización (cuarta y quinta iniciaciones), ya que, según le dice su padre e iniciador "Se ha cumplido el tiempo de tus pruebas físicas... te quedan por hacer grandes viajes".

Las cuatro hileras de columnas del palacio son las cuatro primeras iniciaciones que transforman al hombre en un Cristo, y el globo de cristal que las remata es la quinta iniciación, simbolizada por el quinto orificio en el cuerpo de Jesús (el lanzazo en el pecho) mediante el cual se completa el proceso de Cristificación o cristalización; el centro donde se cruzan los cuatro brazos de la cruz, el quinto punto de la cruz.

El mundo en el que él penetró no es el de las causas últimas o finales, sino el de las causas mediatas, pues él ya funcionaba conscientemente en la mente superior y trabajaba con las ideas arquetípicas, lugar donde se originan las innumerables ideas que transforman, vitalizan y regeneran

el mundo y la realidad imperfecta en que habitan los hombres.

Las trescientas sesenta columnas del palacio, cuatro grupos de noventa, nos indican que este palacio es también el sistema solar, el micro universo al cual pertenece la tierra y el cual es recorrido en el término de 365, 25 días (360 simbólicamente desde la antigüedad) o de cuatro períodos (estaciones) de 91, 31 días. (90 simbólicamente).

Cuando se abren las puertas del palacio, sale de él un anciano con una túnica similar a la del aspirante, sólo que con un sol en el pecho y llevando una rama en una mano, un incensario en la otra y una tiara puntiaguda sobre su cabeza.

El anciano que lo recibe es su guía interno, su Maestro, el jefe del ashram al que su alma (por ser del mismo rayo que el de su Maestro) pertenece. Él encarna en sí mismo el fuego solar (su propia alma con la cual ya es uno), estando representado este hecho en el sol dorado que brilla en su túnica. La vestimenta de sacerdote mazdeísta (de la religión persa de Zoroastro) que lleva lo señala como el ser que conducirá al aspirante hacia el "fuego consumidor" que lo transmutará.

El anciano conduce al aspirante adentro del templo y le muestra las cosas que figuran en la ilustración que corresponde a este capítulo: el altar triangular conteniendo la antorcha, el pájaro y el altar. La sala en donde se hallan estos elementos es llamada Hajalah, lo que significa cámara nupcial, lugar de unión y armonización del espíritu y la materia, de los pares de opuestos fundamentales, el lugar donde se crea, donde se generan las esencias vitales y las cualidades virtuales que han de guiar y orientar a lo manifestado hacia la raíz del ser.

Luego este anciano guía, su Maestro, le presenta al Anciano de los Días, el Rey del Mundo, el Sanat Kumara de las escuelas de ocultismo de la India y del Tíbet, el Melkisedek del Antiguo y el Nuevo Testamento, Aquél que vive eternamente

y que representa el poder del Sol Central Espiritual. Él guía internamente los destinos del mundo y por Su gracia y sabiduría pueden los buscadores de la verdad encontrar el camino hacia su propio sol.

El Rey del Mundo le da un nuevo nombre El-Taâm (el alimento), es decir, el Cristo, el pan de vida y de verdad que todos los hombres deben comer para lograr la vida eterna y la plenitud del ser.

Melkisedek y ocho ancianos le entregan nueve dones que, según le dice, debe aceptar antes de poder recorrer el templo.

Sanat Kumara tiene novena iniciación y lo mismo sus acompañantes.

Votán u Odín el Señor del Valhala (palacio de oro), tiene nueve hijas, las valquirias, cuya misión es recoger a los héroes muertos por la causa del Uno, de la Verdad, y llevarlos a Su presencia. Votán se colgó nueve días del árbol del mundo a fin de, por esta muerte y resurrección, lograr la vida eterna.

Los nueve dones que le da Melkisedek al elegido son las nueve virtudes que encarnan las nueve musas de la antigua Grecia (Calíope-Poesía, Clío-Historia, Melpómene-Tragedia, Euterpe-Música, Erato-Amor, Tepsícore-Danza, Urania-Astronomía, Talia-Comedia, Polimnia-Elocuencia), y que representan los valores que debe adquirir para hacerse acreedor al agua de la inmortalidad.

Recordar que el nueve es el número de la iniciación. Es el número simple más elevado y que, por lo tanto, comprende a todos los demás. Es un emblema de la materia básica, de la sustancia, más exactamente, ya que, al igual que ésta, aunque varíe nunca desaparece; pues si multiplicamos el nueve por cualquier otro número, siempre lo volvemos a encontrar en forma descompuesta, es decir, se reproduce a sí mismo. Ej.: 9 x 3 = 27: 2 + 7 = 9; 9 x 6 = 54: 5 + 4 = 9.

Los ochenta y un ancianos del palacio son las nueve iniciaciones que debe atravesar un individuo para poder

recorrer hasta el final en extensión, profundidad y conciencia, o sea, en sus cuatro direcciones (pues la cuarta dimensión, el tiempo, no es más que la conciencia del espacio), el sistema solar. Son los nueve meses o período de maduración y expansión que pasa el niño cósmico en el vientre del "Círculo no se Pasa" solar, antes de poder nacer a la luz cósmica, al día del plano astral cósmico al cual la mónada accede al entrar en el Parinirvana.

Estos nueve dones son: A) El cubo de tierra gris es la purificación que debe efectuarse en el cuerpo físico a través de la disciplina y control de los movimientos físicos y la sublimación de los instintos. B) Los tres cilindros de piedra negra representan el fortalecimiento de los tres cuerpos de la personalidad, que debe ser efectuado para poder triunfar sobre la adversidad, encarnada en enemigos externos o internos. C) El trozo de cristal redondo es el alma del iniciado, que al principio de su búsqueda no es más que un diamante en bruto y luego, a medida que va asimilando los golpes de la vida y extrayendo sabiduría del dolor, se va puliendo y transformando poco a poco en un esplendoroso brillante. D) El penacho de plumas azules representa las llamas de la inteligencia, la cual debe ser estimulada y purificada para que nos conduzca hasta lo real por medio de la comprensión. E) El vaso de plata es la depuración de la entera personalidad, el cáliz que contiene al alma, las fuerzas lunares que sólo tienen luz cuando se hacen receptivas a las energías e influencias solares. F) Un racimo de uvas nos sugiere el vino, la embriaguez, y ésta no es más que el símbolo de éxtasis obtenido a través de la fuerza de la concentración y del olvido de lo superfluo y transitorio para vivir en lo trascendental y permanente, del saber hacer silencio para los ruidos exteriores, y aprender a oír el sonido silente del alma que habla al corazón, que siente y ama. G) El pájaro del mismo nombre que el del iniciado es el ibis, la sabiduría; ave ya descripta anteriormente y,

como representa el alma superior del discípulo (la Tríada espiritual), él, en algún momento de la evolución, cuando sacrifique su personalidad y libere su alma condicionada, se unirá a ella y la dotará en su momento, y en una vuelta más elevada de la espiral, con virtudes similares a aquellas con las quo adornó a su personalidad. H) El altar, como ya sabemos, es el amor sin límites a la verdad como principio y fin de toda búsqueda y como base esencial de toda realización I) El noveno es la antorcha que le es dada apagada para que él la encienda, como dándole a entender que la Verdad y la salvación vienen del propio interior y que el hombre debe aprender a construirse a sí mismo en forma independiente, a ser el señor de su propia casa, el dueño de sí mismo.

Es importante recordar que la "casa" simbólica del hombre, el cuerpo humano, tiene nueve orificios, y que el hombre consta, en cierto sentido, de nueve principios, pues, aunque a los fines del estudio oculto, se suelen considerar siete (variando su clasificación según el grado de evolución del individuo), son también nueve, pues tanto el cuerpo físico como el mental son dobles y así, divididos, si consideramos a la mónada, aunque síntesis de los principios, como uno más, tenemos el siguiente esquema: 1º) Cuerpo físico denso. 2º) Cuerpo etérico. 3º) Prana. 4º) Cuerpo astral. 5º) Mente inferior. 6º) Mente superior. 7º) Budi (Amor-Intuición). 8º) Atma (Voluntad espiritual) y 9^0) Mónada.

Ninguna de las iniciaciones es completa en sí misma, y sólo actúa en plenitud sobre el individuo cuando trabaja en relación con las demás, pues, al igual que los dones a los que se refiere el anciano en el texto que analizamos, "todos tienden igualmente hacia la perfección, pero ninguno es perfecto en sí mismo. Es de su mezcla que debe surgir la obra divina".

Lo mismo que con las iniciaciones, sucede con las virtudes que el hombre va adquiriendo: si se desarrollan aisladas y en forma desequilibrada, terminan desequilibrando

la entera conciencia del discípulo, frenando su evolución, y quitando efectividad a su vida, en cuanto a la posibilidad de ayudar a los demás.

En el final de esta ceremonia se le presenta al personaje una copa con el agua de vida o néctar de los dioses, el amhrita de la mitología hindú; una bebida que le amplía la comprensión y la capacidad de percibir.

Esto representa el descenso de las energías triádicas sobre el iniciado que ha cumplido con los requisitos que la ley le impone, fortaleciéndolo y capacitándolo para enfrentar las últimas pruebas y alternativas antes de su ungimiento y consagración.

Saludando a la asamblea de sabios a la que acaba de encontrar en la gran sala (¿no será la Cámara de la Reina de la Gran Pirámide?), penetra en "una larga galería que había a mi derecha" (¿no tendrá alguna relación con la Gran Galería o Galería de la Tribulación de la Gran Pirámide que comunica la Cámara de la Reina con la Cámara del Rey?).

SÉPTIMA PARTE

(Figura 7, página 39)

En este dibujo tenemos, ante todo, los dos pilares de la francmasonería, Jachim o Yakim, el principio masculino del universo, y Boaz o Booz, el principio femenino, representando ambos la constante dualidad cósmica de bien y mal, arriba y abajo, izquierda y derecha, adentro y afuera. Estando relacionadas estas posiciones espaciales con determinados estados de conciencia, no a causa de convencionalidades del idioma, sino por motivos causales nacidos de la función y significación de cada una de las partes del cuerpo humano, figura arquetípica en base a la cual se ordenan los elementos pertenecientes a los reinos inferiores, siendo ella (la figura humana), a su vez, una emanación de ciertas formas causales de la región noumenal en donde tienen origen la percepción, la sensibilidad y la comprensión del hombre. Como ejemplo de estos motivos causales, tenemos el hecho de que la idea del "arriba" como un lugar más valioso y digno que el "abajo" nace del descubrimiento y localización de los puntos de conciencia en el cuerpo humano, pues la conciencia está manifestada en su mayor expresión en la cabeza y el corazón, zonas superiores de la estructura corpórea. Lo mismo podemos comprobar con relación a la derecha (*right*, en inglés), la cual está asociada con la justicia, la luz y el bien; mientras que la izquierda o siniestra, representa al mal, la injusticia y la oscuridad. La derecha o diestra es la mano a través de la cual se expresa la conciencia en la mayoría de los hombres, pues de ella pueden tener un amplio control que evidencia la

comunicación directa entre los centros de dirección subjetivos y los órganos de acción objetivos, cosa que no ocurre con la izquierda, que es pesada, tamásica y torpe como la inercia misma. El hombre es el único animal que tiene lados derecho e izquierdo con diverso grado de control, todos los demás son ambidextros. Esto es así porque él es el único que puede elegir consciente y voluntariamente su camino, pues conoce el bien y el mal. El resto son seres conducidos por la fuerza evolutiva inherente a la materia con forma, es decir, modulada por el pensamiento divino.

Flanqueados por estos dos pilares hay dos círculos concéntricos llenos de inscripciones, en cuyo interior, hay otros dos pares de círculos concéntricos dobles más pequeños unidos por un travesaño del cual desciende una cruz con tres puntas ancoradas (con forma de ancla).

Los círculos concéntricos grandes nos sugieren la idea de la concentración de energía en sus diversas formas, camino que, a través de la tensión creciente nos conduce, ya sea a una explosión liberadora que indica un punto de surgimiento o a una estabilización de las energías circulantes conducente a una paz y armonía plenas. Esta paz y armonía plenas están expresadas en los dos grupos duales de pequeños círculos sostenidos por la barra de la cual pende la cruz ancorada. Estos pequeños círculos semejantes a ojos o platillos de una balanza nos sugieren la energía de los opuestos armonizada. La cruz con tres anclas (semejante a la nariz de un rostro) en sus extremos, nos dice que el hombre debe aprender a concentrar, vale decir, anclar, su atención, en los tres planos del desarrollo humano y en los tres cuerpos de la personalidad, dominando su distracción y oscilación a través del tiempo, el espacio y la circunstancia; pues sólo así puede realizar en forma correcta las cosas que debe ejecutar en esos planos.

Por otro lado, es necesario tener en cuenta que la concentración de la mente es el paso previo a la meditación, y ésta precede a la contemplación, siendo todas ellas etapas

de un mismo proceso de profundización de la conciencia. La concentración concierne a la forma de un elemento dado, la meditación a la cualidad, y la contemplación a la esencia, conduciendo las tres a su conocimiento pleno.

Análisis del Texto

Es necesario prevenir al lector, por si aún no se ha dado cuenta de que estos doce capítulos no tienen una estricta gradación ascendente en sus ilustraciones o en el significado de los hechos que en ellos se narran con relación a las iniciaciones. Saint-Germain retrocede a veces en su relato a ideas relacionadas con procesos que corresponderían a estadios por los cuales el personaje ya pasó en capítulos anteriores, y esto se debe tal vez a una intención de desorientar al neófito no preparado aún para excelsas revelaciones, para guardar los secretos del Altísimo de miradas profanas que buscan el poder para malos usos, o para ilustrar al estudioso acerca de la estrecha interacción e interrelación entre todas las vivencias, cosas y seres del cosmos, y de la importancia de saber tenerlas en cuenta para desarrollar una vida de proyección trascendente.

Este capítulo es el del equilibrio y el de la purificación por excelencia. El del equilibrio, por estar éste simbolizado en el séptimo signo, Libra, la balanza. El de la purificación porque Libra rige los riñones, órganos purificadores de la sangre, el agua de vida del templo de Dios.

El aspirante se lava en el recipiente que contiene originalmente agua transparente, en tres sesiones. A) En la primera se sumerge tres días en el agua transparente y luego sale y se mantiene inmóvil a la sombra durante seis días. La arena queda grisácea y el líquido con algunas partículas de color herrumbre. B) En la segunda inmersión, la cual se efectúa en un fluido rojizo reposando sobre una arena gris y metálica, permanece en el agua sólo unos instantes, tendiéndose

luego a reposar en un lecho de arena caliente durante siete días. C) La tercera inmersión, hecha en un agua clara como la del comienzo, es un poco más larga que la segunda y más cuidadosa.

A continuación del primer baño él no pudo secarse con un lienzo de lino que llevaba encima, pues el agua que había absorbido brotaba constantemente humedeciendo cada vez más el lienzo; luego del segundo baño el Conde afirma que no trató de secar su cuerpo con el lienzo porque el licor corrosivo que había absorbido destruiría la tela; después del tercer baño no tuvo ninguna dificultad en secarse.

Este proceso de triple purificación puede interpretarse como el de los tres cuerpos de la personalidad a lo largo de una vida o de vidas del aspirante. Este proceso que lleva a la iluminación es descrito en ocultismo como las 777 encarnaciones. Setecientas encarnaciones están relacionadas con el control del cuerpo físico a través del control de los actos, de la selección de los alimentos con los que se nutrirá y de los elementos con los que hará contacto; ésta es la primera iniciación, ejemplificada por Jesús en el Nacimiento en Belén, luego de nueve meses en el vientre de María, Maya, la tierra pura, o el agua del espacio. Las setenta encarnaciones corresponden al período de la segunda iniciación, el control del cuerpo astral o emocional, el Bautismo en el Jordán. Las siete encarnaciones son el tiempo correspondiente a sus esfuerzos y sus éxitos en controlar el cuerpo mental inferior. Con esto el ser humano completa el proceso de perfeccionamiento de su personalidad; ha logrado la Transfiguración en el monte Tabor delante de sus tres discípulos, Juan, Pedro y Santiago.

El agua en la que el personaje se sumerge representa los actos rectificadores mediante los cuales él pretende perfeccionarse, y su resultado kármico.

Antes o después de la primera y segunda iniciaciones, ni aunque se lo proponga, podrá el discípulo ejecutar actos

carentes de sedimentos, es decir, de karma negativo, que lo dejen seco, libre de residuos sobre su piel; pues su mente no está controlada y sus cuerpos físico y emocional, aunque controlados, no han sido aún depurados, equilibrados y vivificados por la luz del alma. Las emisiones de energía de sus cuerpos tendrán inevitablemente alguna perturbación originada en culpas conscientes o inconscientes, pero autogeneradas.

Sólo cuando ha logrado la tercera iniciación, puede el hombre, en puridad, "obrar sin obrar", "sentir sin sentir" y "pensar sin pensar", ya que la luz del alma ha regenerado y transfigurado sus cuerpos, y el discípulo "puro" comienza, a partir de ese momento, a quemar el karma de sus vidas pasadas. Hablando en lenguaje religioso, diríamos: a "pagar las culpas del mundo".

OCTAVA PARTE

(Figura 8, página 43)

Un sol resplandeciente rodeado de nubes se destaca en la parte superior de este cuadro. En la parte inferior hay un pedestal (compuesto de cepas de vid, según el relato) que sostiene un brasero del cual sale un humo espeso que eleva una bandeja en la que está sentado un león coronado, enfrente de un gran racimo de uvas. Según el relato, hay encima del pedestal una masa de sal blanca y brillante. A ambos lados del cuadro hay dos paneles con inscripciones.

En esta ilustración la vid juega un papel preponderante, pues se la encuentra bajo la forma de los cuatro elementos. Como formando el pedestal es el elemento tierra, o estado sólido de la materia; bajo la forma del racimo de uvas es el elemento agua o estado líquido de la materia (recordemos que la uva contiene más líquido que sólido y que de ella se extrae el vino, siendo por lo tanto, su símbolo); las brasas compuestas de troncos de vid forman el elemento fuego o estado etérico de la materia y el humo que se eleva de ese brasero es el elemento aire o estado gaseoso de la materia. La uva, productora del vino, y por lo tanto de la embriaguez, del éxtasis, es símbolo del alimento espiritual que debe aprender a comer el hombre, es decir, la sabiduría. Tal como dijo Jesús al responder a la tentación de su propio demonio (su naturaleza inferior), "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Es necesario que el hombre sepa sacar una enseñanza de todo, penetrando más allá de la cáscara de las cosas a través del estudio y armonizando el

análisis (expresión del aspecto Inteligencia) con la asociación (expresión del aspecto Amor) a través de la síntesis (expresión del aspecto Voluntad).

En esta figura podemos ver representados los tres aspectos de la divinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo o Madre. El primero representado en el sol superior y semioculto tras las nubes, la Mónada o aspecto Voluntad; el segundo simbolizado a través del león coronado, el Cristo o Alma; y el tercero expresado por la base sólida y el brasero, la personalidad o materia.

Es posible observar dos fuentes de calor; una la del Logos Solar que expresa al Padre espíritu o fuego eléctrico, y otra la del brasero representando la Madre materia o fuego por fricción; ambas se unen en el punto medio para formar al Hijo, la conciencia o sabiduría, atributo del rey león y estado o condición a la que se arriba a través del uso adecuado de la inspiración dionisíaca del vino, es decir, a través de la sensibilización o sutilización de las percepciones y de la comprensión.

El león coronado es el hombre que, gracias al valor con que ha luchado y a la rectitud y nobleza con las que ha actuado, ha sojuzgado a las fuerzas de la personalidad, las ha trascendido, y se ha polarizado en el alma. El fruto de la vid es la ambrosía siempre renovada, el alimento y la bebida celestiales de que disfruta el Maestro realizado y mediante los cuales extrae su energía de las fuentes de la vida, energía que absorbe en forma directa a través del corazón; o sea, Amor-Sabiduría diversificado en sus múltiples posibilidades superiores.

La sal que reposa en el pedestal junto al brasero es la materia esencial, el cuerpo purificado del iniciado; la bandeja color plata, junto con las cosas que contiene, es el mercurio, el alma o entidad mediadora; y el sol es el azufre, el espíritu o extremo final de la escala ascendente. Sal, mercurio y azufre, son los tres elementos básicos del alquimista, mediante los cuales efectúa la Gran Obra, su propia transmutación.

El octavo signo del zodíaco es Escorpio, regente del sexo, y a través de éste se genera en el plano material, siendo la unión de los sexos el símbolo grosero de la unión del espíritu y la materia en los niveles abstractos.

Análisis del Texto

El Conde entra aquí en un aposento circular en el cual ve los elementos del cuadro ya analizado. A su derecha y a su izquierda se abren dos puertas; una que da a un lugar desértico, y la otra a un lago en cuyo extremo se distingue un edificio de mármol negro. El personaje toma de la sal que hay en el altar y se frota con ella todo el cuerpo, dando a entender con esto, que la sal era una ofrenda, un sacrificio que había hecho al Dios Uno, y como todo sacrificio hecho con sinceridad y entrega plenas, éste lo enriqueció interiormente y expandió su comprensión y su visión de las cosas, pues inmediatamente después de haberse frotado con ella pudo leer y entender cómodamente los jeroglíficos que había en ambos paneles a los costados del cuadro.

Luego, aunque su primera intención era salir por la puerta que daba a la llanura ardiente, decide, a causa del calor de la primera, tomar por la puerta que da al lago de aguas sombrías y estancadas. Con esta elección se da a entender que el discípulo debe saber madurar sus ideas antes de tomar una decisión. En él ya no cabe la espontaneidad instintiva del hombre polarizado en su naturaleza emocional e impulsado por sus sentidos y los tirones atávicos de la naturaleza inferior; él piensa como un alma consciente y decide siempre lo más conveniente desde el punto de vista del hombre superior.

Las elecciones en el sendero deben ser hechas con determinación y con la intención fija y concentrada de ejercer, en forma responsable, el libre albedrío, vale decir, que en el discípulo no puede ni debe haber actos ociosos, hacer algo

por hacerlo, porque sí, por pura inconsciencia. Ese es el significado del hecho de que el personaje, aunque tenía la facultad de elegir, no podía, sin embargo, abandonar el camino tomado. Seguidamente penetra en el lago a fin de aproximarse a un puente que emergía de él y que conducía a la orilla opuesta, en donde estaba el edificio de mármol negro.

El puente de este relato es el que los escandinavos llamaban Bifrost (pasillo oscilante) y que unía el país del medio o Midgard, donde vivían los hombres, con Asgard, el país de los Dioses o Ases. Midgard llevaba este nombre porque estaba colocado en el medio, entre el país de los Dioses, Asgard, por encima de él y el país de los Gigantes del Hielo o Demonios llamado Muspellheim o Jotunheim. Este puente estaba cuidado día y noche por Heimdal o Riger, el tercer Dios de la espada, el cual vigilaba la entrada de Asgard, a fin de que ningún habitante de Midgard, no autorizado, pudiera entrar allí. Heimdal es el querubín de la espada llameante del Génesis, que fue colocado en la puerta del paraíso a fin de guardar el camino al árbol de la vida, luego de la caída de Adán y Eva. Riger es el Ángel de la Presencia, la representación del alma y de sus energías, hacia las cuales debe tender constantemente el aspirante, y con las cuales debe identificarse a fin de luchar contra el Morador en el Umbral, la representación de las fuerzas de la personalidad.

El Bifrost es lo que los hindúes llaman antakarana, y es un puente de materia síquica que debe formar el hombre entre su naturaleza inferior y la superior. Este puente debe ser formado con actos, palabras, sentimientos, pensamientos y voliciones llenos de positividad y armonía. Todo movimiento correcto (desde un punto de vista moral) en su orientación y aplicación, carga una energía proyectiva que va haciendo ascender la conciencia a través de un puente de oro hacia niveles de gloria y plenitud.

El antakarana, llamado también Puente del Arco Iris (pues está formado en base a las cualidades subjetivas básicas

de los siete rayos, expresados de acuerdo a su propia modalidad y características por el aspirante), consta de dos partes. La primera es la que conecta la mente inferior del hombre, o unidad mental (ubicada en el cuarto subplano del plano mental) con el alma en el cuerpo causal (en el tercer subplano del plano mental, contando de arriba para abajo); y la segunda es la que comunica al alma en el cuerpo causal, con el átomo mental permanente (en el primer subplano del cuerpo mental, contando de arriba para abajo), componente inferior de la Tríada espiritual o Gran Alma, Alma libre.

Las características del pasillo oscilante, o camino del filo de la navaja, son lo dificultoso y arriesgado de su tránsito por él y las sensaciones de vacío, de ausencia y abandono que experimentan los que lo cruzan. El que está en un puente no posee nada, ni la realidad tangible de la orilla de la que ya partió, ni la realidad anhelada, teórica e ideal de la orilla hacia la cual se dirige. El buscador que lo transita tiene sólo el consuelo de una esperanza automotivada que le da ánimos para proseguir a pesar de todo y de tanto, y tiene, también, la compañía continua de una sed insatisfecha nacida de su profunda, intensa y sublime aspiración.

NOVENA PARTE

(Figura 9, página 47)

Hay aquí un cuadro dividido horizontalmente en dos. En su parte superior nos muestra un caballo "tal como el que los poetas nos describen que causó la ruina de Troya", según palabras del autor, de cuyo interior está cayendo el cadáver de un hombre. En el suelo hay una mancha de sombra muy tenue. En la parte inferior se ve a un hombre que lleva una estrella sobre su frente (según dice el autor), tratando de levantar y tal vez reanimar al cadáver de la figura anterior. Ambos están ubicados sobre una mancha de sombra bastante más oscura que la señalada anteriormente. A la derecha de este dibujo (a la izquierda del hombre parado) están las letras MB. Hay inscripciones árabes arriba del cuadro, cuneiformes al medio e iniciales latinas abajo, además de un pequeño panel con signos y caracteres múltiples, al costado izquierdo del cuadro inferior.

Este dibujo está directamente relacionado con la cuarta iniciación, llamada la Crucifixión o Gran Renunciación, la cual lleva implícito tanto sacrificio y renunciación que generalmente acarrea la destrucción del cuerpo físico. La cuarta iniciación no es sólo la crucifixión del cuerpo físico sino también la del alma en el cuerpo causal, el cual es desintegrado para permitir el retorno del alma a su fuente. En el momento de la destrucción del cuerpo causal, se produce en el hombre "muerto" la exclamación tan extraña y motivo de perplejidad para el cristiano común "Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?". Esta exclamación surge de una

conciencia que desde la luz clara, pero no obstante semivelada (valga el contrasentido) del alma prisionera en el cuerpo causal, es proyectada de golpe a un vértigo de sombras al serle quitado el sostén y el refugio que la protegieron y nutrieron durante edades. En ese punto de terror y de vacío sin fin en donde se pierde todo aquello en lo que se confió y creyó durante tanto tiempo, porque se es echado del hogar amado a un espacio-tiempo sin localización, el hombre se cree devastadoramente perdido y totalmente abandonado. Este instante, de intensidad eterna y duración profunda, es un instante de invocación a las causas, de clamor al Señor de la Vida y de la Luz en quien se confió y a quien se sirvió con amor y dedicación por tiempos. Este instante y todo lo que él representa es como una muerte total, es decir, una extinción, sólo que en ese momento no se sabe que es una extinción de todo lo negativo, de todo lo superfluo, lo temporal y lo condicionado, para un posterior nacimiento en una realidad distinta y superior.

Este hombre joven con una estrella en la frente que está tratando de levantar y reanimar a un muerto es, sin lugar a dudas, el Alma superior, la conciencia triádica, acudiendo al llamado de su proyección, vale decir, el llamado hecho por ella misma en el momento de dejar de ser en una zona del ser, en el momento de perder su identidad con el tiempo y el movimiento.

El hombre que trata de reanimar al cadáver es el jinete del caballo blanco, el Hijo de Dios, el Mesías.

Sabido es por las leyendas persas, la mitología hindú y la tradición cristiana, que al final del presente ciclo, que los hindúes llaman Kali Yuga, debe presentarse ante la humanidad un Gran Ser, que armado de la espada de la justicia, restablecerá la paz, el equilibrio perdido y la dignidad del hombre sobre la tierra. Este Gran Ser que los antiguos persas llamaban Sosiosh, los hindúes Kalki Avatara y los cristianos Cristo Rey, fundará un reino basado en el amor universal, la

sabiduría y la rectitud; para hacer eso deberá juzgar a cada uno según sus obras, destinando a los impíos a un planeta de maldición que pertenece a la constelación del Centauro, en donde recibirán lo que les corresponda, pues en él la vida humana está recién en sus primeras etapas de desarrollo, y estos seres vivirán con la perpetua (¿?) o más bien continua nostalgia de tiempos mejores de un hogar perdido en algún lugar y algún momento. En ese lugar cada uno de los desterrados recibirá, matemáticamente, los efectos adecuados a las causas que creó. Mientras que la tierra, aliviada del lastre de los hacedores de mal, podrá elevar sus vibraciones, alcanzando en poco tiempo, todo el planeta y su humanidad, la primera iniciación, y pasando a vivir, a partir de ese momento, para las cosas espirituales y no para las materiales. Ese será el paso de la humanidad a la cuarta dimensión, la del alma; aunque eso, considerado desde un punto de vista inferior y no desde el punto de vista del Cristo o Maestro ascendido.

La humanidad es ese cadáver al cual el Cristo Rey reanimará y sacará de la sombra después de los grandes cataclismos de fin de ciclo que destruyan gran parte del mundo a fin de poder transmutar al hombre. Dijo Zacarías en el capítulo 13, versículos 8 y 9: "Y acontecerá en toda la tierra, dice Jehová, que las dos partes serán taladas en ella, y se perderán; más la tercera quedará en ella. Y meteré en el fuego la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y probarelos como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios". Este texto habla bien claramente de que la hecatombe sacrificial que hará la humanidad consigo misma, a través de una guerra nuclear mundial, y las reacciones que esta tensión y desequilibrios físicos y síquicos producirán en los elementos generando terremotos, erupciones volcánicas, huracanes, tornados y maremotos traerán como resultado la muerte física de las dos terceras partes de la humanidad y la purificación y la transformación

interna y externa del grupo humano remanente, así como de los especímenes sobrevivientes de los otros reinos.

El caballo blanco es símbolo de la naturaleza inferior regenerada, del vehículo del alma, la personalidad, purificado y domado. En otro sentido, es también símbolo del Gran Ciclo o Maha Yuga de los hindúes y del sol que lo regula y determina.

Análisis del Texto

En esta fase de su recorrido el argonauta entra en el templo de la muerte en donde debe ser sacrificado, pues sólo cuando se ha perdido todo, se puede ganar todo.

El hecho de que el edificio tenga forma cuadrada, lo relaciona directamente con la cuarta iniciación. En las tinieblas del centro de la sala, el buscador ve pintados en el muro los dos cuadros ya descritos correspondientes a este capítulo.

Acerca del caballo de Troya y de todo lo relacionado con él, se puede agregar algo más.

La guerra de Troya es un acontecimiento de naturaleza muy simbólica; los personajes principales de este evento representan fuerzas cósmicas y realidades subjetivas que los trascienden. Elena es el alma que, al enamorarse de Paris, la materia, la atracción de la forma y de los sentidos, ha caído en la materialidad y se ha embriagado de lo relativo, de lo multiforme y lo aparencial. Elena, siguiendo los pasos de Paris, ha ido a parar a un castillo amurallado, Troya, la de las siete murallas, en donde "vive" entregada a su amante y olvidada de su verdadero amor y de su real naturaleza. Menelao, el esposo de Elena (el cual es uno simbólicamente con Agamenón, su hermano, el jefe del ejército griego), es la representación del espíritu, del caballero andante que desciende al fondo de las profundidades de la materia para, así, con conocimiento directo del terreno y de la situación, poder ascender la colina donde está ubicado el castillo que guarda en su interior a la

princesa de sus sueños. Menelao toma por asalto el castillo, la torre, la fortaleza que debe ser fulminada (recordar el arcano 16 del Tarot), y luego de largas y agotadoras batallas, recupera a su mujer, logrando por la astucia y la inteligencia lo que no había logrado por la fuerza bruta. Este es uno de los significados del caballo de Troya como arma que inclinó la guerra a favor de los griegos. Los griegos eran las fuerzas del bien, de la verdad, la justicia y la espiritualidad. Los troyanos eran las fuerzas instintivas y ciegas de la materia con todo lo que ello involucra.

Esta lucha del Padre Espíritu por liberar al alma se ha repetido en forma alegórica en varias oportunidades a lo largo de la historia. Tenemos como ejemplos los casos de Godofredo de Bouillon, el cruzado (jefe de la primera cruzada) que "liberó" (recomiendo no detenerse a pensar más de lo necesario en las atrocidades cometidas en esa instancia) a Jerusalén, el 15 de julio del año 1099; de Bolívar-San Martín, liberando a Sudamérica; de Benito Juárez, liberando a México, y de Arthur Wellesley (el duque de hierro), liberando a Europa al vencer a Napoleón en Waterloo. (Agua-Luz).

Al final de este ciclo debe repetirse el mismo fenómeno con relación a la humanidad.

La tierra que el discípulo quiere tocar y no puede porque aún no es el momento, según se lo dice una voz tonante, representa el poder trabajar con la muerte, con el mundo de la muerte y los que están presos en él, para liberarlos. Es lógico que, si el discípulo aún no ha trascendido sus límites y condicionamientos y liberado su alma, no pueda todavía liberar las almas de los demás.

Al salir del edificio, el personaje descubre que debe atravesar un lago más extenso que el primero que lo había conducido hasta allí. Hay una diferencia; mientras en el otro lago las aguas se iban enturbiando a medida que avanzaba, en éste se van aclarando progresivamente.

Esto es así, porque a medida que el hombre se aproxima a la Crucifixión se van acumulando sus cargas kármicas, pues su voluntad lo lleva hacia un punto de máxima tensión en donde cortará para siempre el hilo que lo ata al pasado y al futuro, a través de una explosión de dolor expiatorio. Pero una vez atravesado este trance, el dolor ha sido tanto y tan intenso que se ha matado a sí mismo y a su causa, y el ser, entonces, puede salir de allí hacia el extremo superior del antakarana, quitándose su piel (las huellas del dolor y de las consecuencias kármicas de los errores), con la misma facilidad con la que una serpiente cambia la suya, y surgiendo con una nueva, reluciente y pura. Por eso el traje del Conde, que se había vuelto grisáceo anteriormente, aparece ahora de un hermoso color verde, y las escalinatas que lo esperan al cruzar el último lago y subir a la ribera son de mármol blanco.

Es muy significativo el hecho de que en éste, que es el noveno capítulo, se describa en forma destacada un caballo, el cual, con su jinete, es el emblema del signo de Sagitario, el noveno, que rige la cadera donde están los centros inferiores del hombre, los más asociados con la materia densa, y que el personaje de este capítulo deba pasar nueve días en la casa de la muerte.

DÉCIMA PARTE

(Figura 10, página 51)

Un hombre joven armado de una lanza está emergiendo de un sarcófago abierto. Este individuo lleva una capa sobre sus espaldas y tiene unas inscripciones en el pecho. Arriba hay una corona hacia la que él parece elevarse. Por sobre la corona hay un panel con inscripciones. La tapa del ataúd lleva asimismo inscripciones.

Este dibujo guarda una continuidad significativa, directa e inmediata con respecto al anterior desde el punto de vista iniciático. Representa la quinta iniciación, llamada en algunas escuelas ocultas (el cristianismo esotérico entre otras) "la Resurrección y Ascensión". En el ocultismo transhimaláyico se le llama "la Revelación". Esto se refiere a la quinta iniciación, la estrella de cinco puntas, en la cual, el hombre, ya no más hombre, se ha recuperado a sí mismo de la muerte, rescatándose del olvido, del extravío y del abandono en el que creyó haber sido dejado cuando su cuerpo causal se desintegró como consecuencia de la sacrifixión de su yo ilusorio y fue proyectado al vértigo de la soledad. Luego de este autorrescate en que el alma se libera de todo condicionamiento de los tres mundos y su situación viene a ser la de un alma liberada, la conciencia del individuo pasa a residir permanentemente en el plano y cuerpo búdicos, el del Amor Intuición, el del Ahora sempiterno, desde el cual pasado-presente-futuro son unificados en un solo tiempo.

En la quinta iniciación se le da al hombre la clave o palabra para controlar perfectamente el plano búdico, lo que le

da la posibilidad de disfrutar en plenitud de la Paz, el estado de la conciencia libre de perturbaciones, en perfecto equilibrio energético con todo lo creado. Él vive a partir de ese momento en la verdadera felicidad, la bienaventuranza, pues puede "sentir" en forma total la vida en dondequiera que ella se manifieste, vibrando con sus armonías esenciales, y rechazando en cambio los desequilibrios de sus exteriorizaciones, a pesar de percibirlos, comprendiendo además el desarrollo, la causa, sentido y objetivo de las cosas y los sucesos en toda su extensión.

El individuo es ahora un creador, el Verbo de Dios en manifestación, capaz, por haber triunfado de la muerte, de orientar a los muertos y a los ciegos en el camino de retorno al paraíso, cuyas puertas ha franqueado.

El personaje de la figura hinca la lanza en el centro de la tapa dibujada del ataúd, representando con esto que él ha encontrado la vida en el centro del reino de la muerte, que él se eleva en este momento hacia la corona de la realeza, deviniendo Señor de la Realidad porque ha conocido hasta el fondo las honduras del mundo falso donde las personalidades se desenvuelven.

Él ha cruzado al otro lado del Bifrost, más allá de la oscilación, ha unido los extremos del precipicio en cuyas profundidades ruge el río de la locura y el abismo tenebroso y sin medida de los que han elegido el Sendero de la Mano Izquierda, y prefirieron transformarse en Dioses del Mal en vez de Señores de la Luz.

Este es el misterio de la Pascua de la que participan todos los dioses soles, tales cómo Osiris, Dionisio, Baco, Tamuz, Balder, Mitra, etc.; misterio que está representado en la Cámara en Construcción de la Gran Pirámide que está encima de la Cámara del Rey; cámara esta última que contiene el sarcófago del Dios, que fue matado al descender al infierno a dar su luz, calor y vida a los muertos que se hallan en sus profundidades, y quien, año tras año, en la primavera, resucita, emerge

y asciende de la fría tumba para traer a la tierra la belleza, la regeneración y la alegría.

Análisis del Texto

Aquí Saint-Germain entra a un suntuoso palacio que representa la condición de riqueza de la Revelación o quinta iniciación. Riqueza en Sabiduría, en Amor, en Voluntad, en virtudes y en aptitud de Ser alguien digno y superior, capaz de hacer por y para los demás.

Sobre el frente del palacio está dibujada una mariposa, la cual simboliza el misterio del desarrollo de la conciencia humana y de la resurrección.

Las tres filas de columnas son los tres grados o estadios que tiene la existencia de estos seres tan hermosos y de tanta significación. Es muy notable que estas tres filas de veintisiete columnas cada una, formen el número ochenta y uno, y son también ochenta y uno los ancianos con los que el personaje se encuentra en el capítulo seis, cuando le son dados los nueve dones de la virtud. Los ochenta y un seres de la augusta asamblea son aquellos, gracias a quienes el sendero puede ser encontrado y realizado.

La mariposa es el sendero encontrado y realizado en todas sus partes, por quien se hizo acreedor a oír la voz del Uno y tuvo el valor, la dedicación y la perseverancia como para seguirla hasta su origen.

El período del huevo es la etapa del hombre común, inconsciente y dormido, que vive en un encierro limitativo que le impide ver la cara verdadera de las cosas.

El período de larva hasta la fabricación del capullo y posterior encierro en él es la etapa del aspirante, del buscador, del individuo que ha reconocido lo grave de su estado y se ha decidido a buscar por doquier hasta que la Verdad pueda ser hallada.

El período de mariposa es el del adepto, del iniciado re-nacido, del autocreado que no ha nacido de la carne, es decir, de la materia densa y calcárea del huevo, sino que ha nacido (o surgido) fuera de la prisión que él mismo había construido de materia subjetiva y sutil, o sea, del capullo tejido con finos hilos de su propia substancia.

La transformación total que se produce en el interior del capullo es análoga a los cambios producidos en la conciencia del hombre que pasa la Crucifixión y recibe la Revelación que le permite resucitar y ascender a la luz del día, vale decir, al mundo de las causas, y volar por las alturas ideales de lo transtemporal en donde se ve y se sabe de una manera y en una medida sin igual en los planos de la forma.

El personaje ve luego la figura del que "vuelve a surgir" del no ser al ser real, con la lanza en la mano y la corona sobre él.

Posteriormente sale del palacio hacia una vasta llanura que lo separa de una torre que se avizora a lo lejos y a la que quiere llegar.

UNDÉCIMA PARTE

(Figura 11, página 55)

Un hombre fornido, con casco de hierro y un penacho de siete plumas, trata de encadenar a una roca a un joven que empuña en su mano izquierda un caduceo, mientras con la derecha intenta alcanzar un escudo y una espada que están al pie de esta roca elevada. El escudo tiene dibujados una guadaña y un cetro cruzados, arriba de los cuales hay una media luna.

Aquí están descritos los últimos intentos del Morador en el Umbral por mantener esclavizado, a la roca de las pasiones y de la ignorancia, al hombre que ya logró el equilibrio y la sabiduría, como lo demuestra el símbolo que porta en su mano izquierda.

En este dibujo tenemos un ejemplo de cómo Saint-Germain alteró a propósito el orden de ciertas partes de su libro, como para confundir al lector poco ducho y entendedor. Porque si no, ¿cómo se puede concebir que la resurrección del hombre, con todo el concepto de libertad y triunfo que ella implica, pueda ser seguida por la imagen de este intento de esclavizarlo?

Cuenta la mitología griega que Prometeo, aquel titán divino que aportó el fuego a la tierra, compadecido de lo hueca y torpe que era la vida humana sin él, fue encadenado a las rocas del monte Elbruz, la cima más alta de la cordillera del Cáucaso, como castigo por haberse apartado de la ley.

En un sentido estricto, la venida a este planeta de los Señores de la Aurora, aportando con ellos la chispa de la inteligencia, fue un proceso "antinatural", así como también es "antinatural" el proceso iniciático por ellos establecido,

que permitió y permite a muchos hijos de los hombres acelerar su marcha hacia la madurez de conciencia que los ha de transformar en auténticos Hijos de Dios. Es "antinatural" en el sentido de que está basado en la actuación de fuerzas e inteligencias ajenas al propio ente evolucionante como estimuladoras de cambios y desarrollo. El proceso evolutivo de la raza humana librado a su propia suerte, al impulso de las fuerzas inherentes a la materia y la forma, habría sido mucho más lento, de la misma manera que sería mucho más lento y trabajoso el ascenso progresivo de cada individuo hacia su propia realización.

Aquél que ha encontrado el sendero de retorno por medio del despertar de su sabiduría y el control de sus energías ya no puede ser atado nuevamente al mundo fenoménico.

En esta figura podemos ver que Prometeo se libera de sus cadenas, porque enarbola en su mano el signo del infinito, en un gesto de afirmación de lo permanente y lo inmutable, sobre lo transitorio y mutable.

El hombre se equivoca al juzgar el sentido de la vida. Esta equivocación surge del deseo que lo ata a la materia. Éste es el proceso: El karma regula la vida del hombre a través del dolor y del placer. Él placer es agradable y el dolor desagradable. Los errores con su secuela de daños y perjuicios para la conciencia y la evolución de los ejecutantes y los receptores externos acarrea dolor, no sólo como castigo y compensación a fin de equilibrar las fuerzas subjetivas y objetivas, sino también para que la conciencia del hombre comprenda la causa del error y, corrigiéndose en el comportamiento, se dirija hacia el acierto. Mediante los aciertos el hombre se va equilibrando, purificando, sutilizando y expandiendo su conciencia progresivamente, pues se va liberando del control de la materia, adquiriendo, por el contrario, el conocimiento y posterior control de todos los planos con los cuales se contacta.

Reaccionando inconsciente e instintivamente al dolor experimentado, el hombre trata de buscar desesperadamente nuevos placeres para tapar esa sensación tan desagradable

y, sin darse cuenta de que el placer es un efecto que debe ser tomado solo como tal, lo considera causa y finalidad de la vida. Esto lo lleva a cometer innumerables errores que lo atarán cada vez más a la materia, porque el placer tiene como causa inmediata elementos materiales, y aquél que busque crearlo en forma directa, deberá vivir pendiente de elementos materiales y deseando a éstos y al placer resultante.

Como resultado, tenemos que se forma un círculo vicioso en el cual ha caído el hombre como consecuencia de su concepción equivocada de la vida. Si uno aprende a recibir resignadamente los dolores y sufrimientos que sobrevengan como resultado de errores del pasado, podrá comprobar con alegría que cada día está más libre de carga kármica, que cada día, por tanto, se acerca más a la perfección; todo eso, por supuesto, en la medida en que, al mismo tiempo, se preocupe por no cometer más errores, y que todos sus movimientos estén orientados hacia el logro de la perfección; es decir, cumpliendo con la Ley.

Esta es la manera en que debe ser asumida la vida, a fin de poder romper las cadenas que nos atan a lo ilusorio.

Análisis del Texto

El iniciado ha adquirido los poderes y facultades propios del alma (ejemplificados en las alas de mariposa) que se unen y suman a la inteligencia (el ibis) ampliamente desarrollada que le permitió resolver los problemas básicos de su camino.

Habiendo desarrollado la intuición, el hombre puede beber la luz en su propia fuente y, como las mariposas enamoradas locamente del fulgor de la llama, él ama la Verdad en una forma tan total, que ante su hechizo pierden sentido y atractivo todas las otras consideraciones relacionadas con el mundo apariencial.

El pájaro-mariposa es el alma de ese discípulo (Saint--Germain) que ha desarrollado en forma proporcional y

equilibrada los dos aspectos o rayos mayores de Inteligencia-Actividad y Amor-Sabiduría. Mediante el Amor-Intuición hace contacto con lo superior, con lo subyacente; mediante la Inteligencia-Actividad, ordena, distribuye y aplica lo captado para poder ser útil al Plan divino.

Luego de haber logrado todo ese poder y virtud, el iniciado debe estar dispuesto a renunciar a dicho logro, ya que este logro, la Iluminación, es un logro dentro de lo temporal y dentro del esquema limitado en que se mueve el alma en los tres mundos.

Aquel que aspira a lograr el infinito debe "renunciar" a lo finito (esto debe ser bien entendido en su sentido oculto). A causa de eso, se describe luego la persecución del pájaro-mariposa y su sacrificio en una torre, en cuyo piso es clavado por el iniciado.

Todo esto es la repetición del proceso de Crucifixión del capítulo nueve, con otros términos y simbolismos, pero siendo el proceso el mismo.

La torre en la que es clavada el ave es una de las "Torres del Silencio" de los antiguos parsis, en donde los discípulos de Zoroastro depositan a sus muertos para que sus cuerpos sean devorados por las aves del cielo, a fin de que la reintegración de lo orgánico a su naturaleza se realice en forma limpia y a la luz del día, volando el alma al infinito más fácilmente y en menos tiempo.

Según parece, a ciertos templos de meditación de la época de Krishna, en la India (hace 5100 años, aproximadamente), se los llamaba también "Torres del Silencio".

Los ojos del ave se vuelven brillantes como topacios, porque los ojos son las ventanas del alma y a través de ellos el iniciado percibió el destello de su propia Gran Alma acudiendo en auxilio de la víctima de su pasado para recompensarlo por el presente digno que lo había conducido hasta ese sitio.

El Iniciado sale de la torre de la muerte y del sacrificio y penetra en una vasta sala...

DUODÉCIMA PARTE

(Figura 12, página 59)

En el cielo resplandece el Sol Espiritual, la luz de la Verdad. Un triángulo (el tres) dentro de un círculo (el uno) que está, a su vez, dentro de un cuadrado (el cuatro). Abajo está Isis, con un sol dibujado en el pecho, elevando su mano izquierda hacia el sol filosófico que le da la vida y el ser, y con la mano derecha sosteniendo tres globos unidos por anillos de oro. A su lado está un hombre grande y fuerte que es el Vencedor, el propio Iniciado Triunfador después de la Gran Guerra, adornado con un casco de acero (quitado a su mayor enemigo luego de haberlo vencido en combate), una coraza y un bastón o cetro en su diestra. Ambos (el hombre y la mujer) están elevándose sobre unas tenues nubes. Isis está desnuda, apenas semioculta su parte inferior tras un manto de nubes.

El Iniciado lleva cetro porque ha adquirido el poder total sobre sí mismo y ¿quién podrá vencer a aquél que se ha vencido a sí mismo? Él ha desnudado la materia haciéndola revelar sus secretos, y conociéndola bajo la forma de sustancia, la ha regenerado y la ha vuelto a la virtud primigenia; por eso el sol que lleva Isis en el pecho, pues ella es la mujer vestida de sol, cuya existencia adquirió trascendencia merced a aquél que supo descubrirle los valores que llevaba en su seno.

Encontrando en sí mismo su polo opuesto e integrándolo, el hombre multiplica cuantitativa y cualitativamente su poder, su capacidad de ser, haciendo actuante su energía potencial. El hombre debe encontrar en sí mismo su aspecto

femenino y saber absorberlo y transmutarlo para que le brinde sus fuerzas masculinizadas a fin de que pueda ser un hombre total. La mujer debe hacer el mismo proceso feminizando sus energías masculinas, para que aporten su parte a la unidad ontológica que esencialmente es.

Los tres globos que sostiene Isis representan las tres entidades de Espíritu, Alma (dividida en dos, pues la parte superior, la blanca, es la asimilada al espíritu, a lo eterno; mientras que la parte inferior, la negra, a la materia, a lo temporal) y Personalidad, representados por el azufre, el mercurio y la sal.

Hay un poema que ilustra esotérica y simbólicamente el misterio de la boda divina, la boda en los cielos que debe realizar el ser humano en su propio interior, entre los aspectos positivos y negativos de su naturaleza a fin de ser un superhombre, es decir, un ser superior, no autoencumbrado o autonominado tal, sino a causa de haber recibido la confirmación de la Vida, la Conciencia y la Substancia.

Esta boda trascendental mediante la cual el espíritu, que había descendido a las profundidades de la materia, hace ascender al yo por medio de fusiones sucesivas y progresivas identificaciones, a las mismas alturas de su ser inmortal, puede ser realizada acompañada, y tal vez, a través, de uniones en los planos de la forma de parejas humanas que se aman con un amor puro y potente; pero esto no es de ninguna manera la regla, ya que el desarrollo de dichos acontecimientos depende de las características individuales y de la historia kármica de cada ser.

La boda de Jarat Karu

"Noventa y nueve veces golpeó Jarat Karu
en la puerta de su alma antes del despertar.
Noventa y nueve gritos dio el buscador
en el espacio sin ecos de sus propios ámbitos.
Noventa y nueve intentos fueron hechos por él
probándose en todas sus posibilidades.

Noventa y nueve pasos sacó de sí mismo
para dirigirlos hacia un centro elusivo
donde esperaba hallar lo anterior a lo primero.
La puerta se abrió, respondiendo lo que es
a la múltiple llamada sempiterna.
La vida surgió, vibrante, reveladora y ardiente,
disipando la fugacidad del no ser que tanto se
prolongaba.
Soy, soy ese ser que es la vida misma,
canta hoy ese ser que es en plenitud
porque mató a la muerte en un instante.
Una estela indisoluble dejó su tránsito
mientras su sí entraba en el vacío".

Análisis del Texto

En este capítulo, el autor se identifica plenamente con la sustancia alquímica, el elemento básico que debe ser transformado en forma total, por dentro y por fuera, en sus posibilidades superiores, vale decir, en el aspecto óptimo de sí mismo. Ese globo o esfera en el que él entra es el círculo o esfera de los tres mundos (esfera en su origen noumenal, círculo en su manifestación fenoménica) en el cual el hombre como entidad se mueve, busca y realiza. El vapor suave que sube del piso de la sala y lo hace ascender hasta la parte superior del globo, manteniéndolo allí durante treinta y seis días, es la quinta esencia del conocimiento que extrae el hombre de sus experiencias, las cuales, convenientemente asimiladas, dan a la conciencia la posibilidad de ascender y superar esas mismas experiencias, y la necesidad de repetirlas, pues, así como en cada veneno está latente su antídoto, así en la vivencia de cada cosa está oculta la posibilidad de conocer, comprender y trascender esa misma cosa.

Después que el hombre transmuta todas las experiencias del mundo sensorial, y se ha elevado por sobre él, entra

al palacio o templo de la Sabiduría en donde tiene la visión de la boda celestial ya analizada. Saliendo de ese lugar, entra en la sala de los tronos (la primera en la que se había encontrado cuando comenzó su búsqueda), en donde ve de nuevo, pero esta vez unidos y formando un solo cuerpo, el pájaro, el altar y la antorcha. Esto significa que el Iniciado comprende que la realización es, en realidad, un retorno, pues, en cierto sentido, todos los movimientos son circulares, cíclicos, y hasta la misma línea recta no tiene existencia real en el mundo de lo objetivo, pues en la moderna física se la considera como un trozo de una inmensa curva circular, por lo tanto, relativizando el movimiento. Él ve que el avanzar es un volver atrás, sólo que de una manera muy especial. Volver al origen en donde se era sin saber que se era, y donde se sabía sin poder realizar ese saber; pero esta vez siendo en la sabiduría y sabiendo en la acción gozosa y clara del inspirado que vive en el centro de las cosas, aunque actúe en su superficie.

En ese sitio o condición únicos, ya no hay tres, ni dos, ni cantidad alguna que divida o atente contra la unidad, porque sólo en esa unidad se resuelven las diferencias y disparidades que parecen ser, pero no son, en el fondo claro de la visión real.

El Amor-Sabiduría es la Piedra Filosofal, el poder mediante el cual todos nuestros actos, palabras, sentimientos, pensamientos y voliciones pueden ser sacralizados, es decir, transformados en "oro" en un sentido espiritual, pues si Dios es realmente infinito no hay acto o actividad del hombre en el cual Dios no pueda manifestarse. Cuando actuamos conectados interiormente con nuestra naturaleza divina, hacemos de todo acto un acto puro, ya que gracias al Amor-Sabiduría de nuestra Alma, la ejecución del acto tiende a la perfección (con mayor o menor acercamiento a ésta, según la mayor o menor dosis de Amor-Sabiduría que contenga), y por lo tanto, es apta para liberarnos y perfeccionarnos como partícipes de una obra perfecta tendiente a la perfección, y para perfeccionar y liberar a los receptores directos de nuestras acciones.

El Iniciado se hace capaz de extraer la Verdad y la Luz no sólo de su propio corazón (su Alma), sino también, de despertar esa Luz en los otros, de engendrar hijos espirituales por medio de la Fuerza esencial de sus manifestaciones objetivas o subjetivas, ya que éstas tienen la carga de la Vida vibrante y eterna con la que él ha hecho permanente contacto.

Él es un Maestro que enseña la Ley porque en sí expresa y compendia la Ley.

Él es la Luz.

Hoy, el Hermano Santo es Su Ser.

Queremos dejar claramente establecido aquí, que los comentarios e interpretaciones a la "Santísima Trinosofía" de Saint-Germain hechos en el presente libro, están basados en el uso de sólo algunas de las muchas claves mediante las cuales puede comprenderse el sentido oculto de los textos simbólicos. A causa de esto, los traductores consideramos perfectamente válidos otros análisis que se efectúen sobre esta obra, desde un diferente ángulo de visión, ya que hay varias puertas para entrar al cielo y cada uno debe usar la que más le convenga y se adecue a su naturaleza.

Estas son algunas de las posibles claves de interpretación:

A) Sicológica.
B) Fisiológica.
C) Astrológica.
D) Geográfica.
E) Histórica.
F) Alquímica.
G) Matemática.
H) Cósmica.
I) Literaria.
J) Idiomática.

ÍNDICE

Reseña biográfica 3
Origen y características de "La Santísima Trinosofía" 7

La Santísima Trinosofía 9
- Primera Parte 11
- Segunda Parte 17
- Tercera Parte 23
- Cuarta Parte 27
- Quinta Parte 31
- Sexta Parte 35
- Séptima Parte 41
- Octava Parte 45
- Novena Parte 49
- Décima Parte 53
- Undécima Parte 57
- Duodécima Parte 61

Análisis e Interpretación de las Imágenes y el texto..... 71
- Primera Parte 73
- Segunda Parte 79
- Tercera Parte 85
- Cuarta Parte 91
- Quinta Parte 97
- Sexta Parte 103
- Séptima Parte 111
- Octava Parte 117
- Novena Parte 123
- Décima Parte 129
- Undécima Parte 133
- Duodécima Parte 137